[76]



ACTO SEGUNDO, ESCENA XXVII.

EL PERRO DEL HORTELANO.

PERSONAS.

DIANA, condesa de Belflor.
TEODORO, su secretario.
MARCELA, }
DOROTEA, } de su cámara.
ANARDA, }
OTAVIO, su mayordomo.
FABIO, su gentilhombre.
EL CONDE FEDERICO.
EL CONDE LUDOVICO.
RICARDO, marqués.
TRISTAN, lacayo.
LEONIDO, criado.
ANTONELO, lacayo.
FURIO.
LIRANO.
CELIO, criado.
CAMILO.
UN PAJE.

La escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de la Condesa.

ESCENA PRIMERA.

TEODORO y TRISTAN, *huyendo.*

TEOD. Huye, Tristan, por aquí.
TRIST. Notable desdicha ha sido.
TEOD. ¿Si nos habrá conocido?
TRIST. No sé; presumo que sí. (*Vanse.*)

ESCENA II.

DIANA.

¡Ah gentilhombre! esperad.
Tenéos, oid: ¿qué digo?
¿Esto se ha de usar conmigo?
Volved, mirad, escuchad.
¡Hola! ¿No hay aquí un criado?
¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?
Pues no es sombra lo que ví,
Ni sueño que me ha burlado.
¡Hola! ¿Todos duermen ya?

ESCENA III.

FABIO.—DIANA.

FABIO. ¿Llama vuestra señoría?
DIANA. Para la cólera mia
Gusto esa flema me da.
Corred, necio, enhoramala,
Pues mereceis este nombre,
Y mirad quién es un hombre
Que salió de aquesta sala.
FABIO. ¿Desta sala?
DIANA. Caminad,
Y responded con los piés.
FABIO. Voy tras él.
DIANA. Sabed quién es.
FABIO. ¡Hay tal traicion, tal maldad! (*Vase.*)

ESCENA IV.

OTAVIO.—DIANA.

OTAV. Aunque su voz escuchaba,
A tal hora no creia
Que era vuestra señoría
Quien tan aprisa llamaba.
DIANA. ¡Muy lindo Santelmo haceis!
¡Bien temprano os acostais!
¡Con la flema que llegais!
¡Qué despacio que os moveis!
Andan hombres en mi casa
A tal hora, y aun los siento
Casi en mi propio aposento
(Que no sé yo dónde pasa
Tan grande insolencia, Otavio);
Y vos, muy á lo escudero,
Cuando yo me desespero,
¿Ansí remediais mi agravio?
OTAV. Aunque su voz escuchaba,
A tal hora, no creia
Que era vuestra señoría
Quien tan aprisa llamaba.
DIANA. Volveos; que no soy yo:
Acostaos; que os hará mal.
OTAV. Señora...

ESCENA V.

FABIO.—DICHOS.

FABIO. No he visto tal.
Como un gavilan partió.
DIANA. ¿Viste las señas?
FABIO. ¿Qué señas?
DIANA. ¿Una capa no llevaba
Con oro?
FABIO. Cuando bajaba
La escalera...
DIANA. ¡Hermosas dueñas
Sois los hombres de mi casa!
FABIO. A la lámpara tiró
El sombrero y la mató.
Con esto los patios pasa,
Y en lo escuro del portal
Saca la espada y camina.
DIANA. Vos sois muy lindo gallina.
FABIO. ¿Qué querias?
DIANA. ¡Pesia tal!
Cerrar con él y matalle.
OTAV. Si era hombre de valor,
¿Fuera bien echar tu honor
Desde el portal á la calle?
DIANA. ¡De valor aquí! ¿por qué?
OTAV. ¿Nadie en Nápoles te quiere,
Que mientras casarse espere,
Por donde puede te ve?
¿No hay mil señores que están,
Para casarse contigo,
Ciegos de amor? Pues bien digo,
Si tú le viste galan,
Y Fabio tirar bajando
A la lámpara el sombrero.
DIANA. Sin duda fué caballero
Que, amando y solicitando,
Vencerá con interés
Mis criados; que criados
Tengo, Otavio, tan honrados.
Pero yo sabré quién es.
Plumas llevaba el sombrero,
Y en la escalera ha de estar.
Vé por él. (*A Fabio.*)
FABIO. ¿Si le he de hallar?
DIANA. Pues claro está, majadero;
Que no habia de bajarse
Por él cuando huyendo fué.
FABIO. Luz, Señora, llevaré. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DIANA, OTAVIO.

DIANA. Si ello viene á averiguarse,
No me ha de quedar culpado
En casa.
OTAV. Muy bien harás;
Pues cuando segura estás,
Te han puesto en este cuidado.
Pero aunque es bachillería;
Y más estando enojada,
Hablarte en lo que te enfada,
Esta tu injusta porfía
De no te querer casar
Causa tantos desatinos,
Solicitando caminos
Que te obligasen á amar.
DIANA. ¿Sabeis vos alguna cosa?
OTAV. Yo, Señora, no sé más
De que en opinion estás
De incasable cuanto hermosa.
El condado de Belflor
Pone á muchos en cuidado.

ESCENA VII.

FABIO.—DICHOS.

FABIO. Con el sombrero he topado;
Mas no puede ser peor.

DIANA. Muestra. ¿Qué es esto?
FABIO. No sé.
Este aquel galan tiró.
DIANA. ¿Este?
OTAV. No le he visto yo
Más sucio.
FABIO. Pues este fué.
DIANA. ¿Este hallaste?
FABIO. Pues ¿yo habia
De engañarte?
OTAV. ¡Buenas son
Las plumas!
FABIO. Él es ladron.
OTAV. Sin duda á robar venia.
DIANA. Haréisme perder el seso.
FABIO. Este sombrero tiró.
DIANA. Pues las plumas que ví yo,
Y tantas, que aun era exceso,
¿En esto se resolvieron?
FABIO. Como en la lámpara dió,
Sin duda se las quemó,
Y como estopas ardieron.
Ícaro ¿al sol no subia,
Y abrasándose las plumas,
Cayó en las blancas espumas
Del mar? Pues esto seria.
El sol la lámpara fué,
Ícaro el sombrero; y luego
Las plumas deshizo el fuego,
Y en la escalera le hallé.
DIANA. No estoy para burlas, Fabio.
Hay aquí mucho que hacer.
OTAV. Tiempo habrá para saber
La verdad.
DIANA. ¿Qué tiempo, Otavio?
OTAV. Duerme agora; que mañana
Lo puedes averiguar.
DIANA. No me tengo de acostar,
No, por vida de Diana,
Hasta saber lo que ha sido.
Llama esas mujeres todas. (*Vase Fabio.*)

ESCENA VIII.

DIANA, OTAVIO.

OTAV. Muy bien la noche acomodas.
DIANA. Del sueño, Otavio, me olvido
Con el cuidado de ver
Un hombre dentro en mi casa.
OTAV. Saber después lo que pasa
Fuera discrecion, y hacer
Secreta averiguacion.
DIANA. Sois, Otavio, muy discreto;
Que dormir sobre un secreto
Es notable discrecion.

ESCENA IX.

FABIO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA.—DICHOS.

FABIO. Las que importan he traido;
Que las demás no sabrán
Lo que deseas, y están
Rindiendo al sueño el sentido.
Las de tu cámara solas
Estaban por acostar.
ANAR. (*Ap.*) De noche se altera el mar,
Y se enfurecen las olas.
FABIO. ¿Quieres quedar sola?
DIANA. Sí.
Salíos los dos allá.
FABIO. (*Ap. á Otavio.*) ¡Bravo exámen!
OTAV. Loca está.
FABIO. Y sospechosa de mí.
(*Vanse Otavio y Fabio.*)

ESCENA X.

DIANA, MARCELA, DOROTEA, ANARDA.

DIANA. Llégate aquí, Dorotea.
DOROT. ¿Qué manda vueseñoría?
DIANA. Que me dijeses querria
Quién esta calle pasea.
DOROT. Señora, el marqués Ricardo,
Y algunas veces el conde
Páris.
DIANA. La verdad responde
De lo que decirte aguardo,
Si quieres tener remedio.
DOROT. ¿Qué te puedo yo negar?
DIANA. ¿Con quién los has visto hablar?
DOROT. Si me pusieses en medio
De mil llamas, no podré
Decir que, fuera de tí,
Hablar con nadie los ví
Que en aquesta casa esté.
DIANA. ¿No te han dado algun papel?
¿Ningun paje ha entrado aquí?
DOROT. Jamás.
DIANA. Apártate allí.
MARC. (*Ap. á Anarda.*) ¡Brava inquisicion!
ANAR. Cruel.
DIANA. Oye, Anarda.
ANAR. ¿Qué me mandas?
DIANA. ¿Qué hombre es este que salió?...
ANAR. ¡Hombre!
DIANA. Desta sala;—y yo
Sé los pasos en que andas.
¿Quién le trajo á que me viese?
¿Con quién habla de vosotras?
ANAR. No creas tú que en nosotras
Tal atrevimiento hubiese.
¡Hombre, para verte á tí,
Habia de osar traer
Criada tuya, ni hacer
Esa traicion contra tí!
No, Señora, no lo entiendes.
DIANA. Espera, apártate más;
Porque á sospechar me das,
Si engañarme no pretendes,
Que por alguna criada
Este hombre ha entrado aquí.
ANAR. El verte, Señora, ansí,
Y justamente enojada,
Dejada toda cautela,

Me obliga á decir verdad,
Aunque contra el amistad
Que profeso con Marcela.
Ella tiene á un hombre amor,
Y él se le tiene tambien;
Mas nunca he sabido quién.

DIANA. Negarlo, Anarda, es error.
Ya que confiesas lo más,
¿Para qué niegas lo menos?

ANAR. Para secretos ajenos
Mucho tormento me das,
Sabiendo que soy mujer;
Mas basta que hayas sabido
Que por Marcela ha venido.
Bien te puedes recoger;
Que es solo conversacion,
Y ha poco que se comienza.

DIANA. ¡Hay tan cruel desvergüenza!
¡Buena andará la opinion
De una mujer por casar!
¡Por el siglo, infame gente,
Del Conde mi señor!...

ANAR. Tente,
Y déjame disculpar;
Que no es de fuera de casa
El hombre que habla con ella,
Ni para venir á vella
Por esos peligros pasa.

DIANA. En efeto ¿es mi criado?

ANAR. Sí, Señora.

DIANA. ¿Quién?

ANAR. Teodoro.

DIANA. ¿El secretario?

ANAR. Yo ignoro
Lo demás; sé que han hablado.

DIANA. Retírate, Anarda, allí.

ANAR. Muestra aquí tu entendimiento.

DIANA. (*Ap*. Con más templanza me siento,
Sabiendo que no es por mí.)
Marcela...

MARC. Señora...

DIANA. Escucha.

MARC. ¿Qué mandas? (*Ap*. Temblando llego.)

DIANA. ¿Eres tú de quien fiaba
Mi honor y mis pensamientos?

MARC. Pues ¿qué te han dicho de mí,
Sabiendo tú que profeso
La lealtad que tú mereces?

DIANA. ¿Tú lealtad?

MARC. ¿En qué te ofendo?

DIANA. ¿No es ofensa que en mi casa,
Y dentro de mi aposento,
Entre un hombre á hablar contigo?

MARC. Está Teodoro tan necio,
Que donde quiera me dice
Dos docenas de requiebros.

DIANA. ¿Dos docenas? ¡Bueno á fe!
Bendiga el buen año el cielo,
Pues se venden por docenas.

MARC. Quiero decir que, en saliendo
O entrando, luego á la boca
Traslada sus pensamientos.

DIANA. ¿Traslada? Término extraño.
Y ¿qué te dice?

MARC. No creo
Que se me acuerda.

DIANA. Sí hará.

MARC. Una vez dice: «Yo pierdo
El alma por esos ojos;»
Otra: «Yo vivo por ellos;
Esta noche no he dormido,
Desvelando mis deseos
En tu hermosura.» Otra vez
Me pide solo un cabello
Para atarlos, porque estén
En su pensamiento quedos.
Mas ¿para qué me preguntas
Niñerías?

DIANA. Tú á lo menos
Bien te huelgas.

MARC. No me pesa;
Porque de Teodoro entiendo
Que estos amores dirige
A fin tan justo y honesto,
Como el casarse conmigo.

DIANA. Es el fin del casamiento
Honesto blanco de amor.
¿Quieres que yo trate desto?

MARC. ¡Qué mayor bien para mí!
Pues ya, Señora, que veo
Tanta blandura en tu enojo
Y tal nobleza en tu pecho,
Te aseguro que le adoro,
Porque es el mozo más cuerdo,
Más prudente y entendido,
Más amoroso y discreto,
Que tiene aquesta ciudad.

DIANA. Ya sé yo su entendimiento,
Del oficio en que me sirve.

MARC. Es diferente el sugeto
De una carta, en que les pruebas
A dos títulos tu deudo,
De verle hablar más de cerca,
En estilo dulce y tierno,
Razones enamoradas.

DIANA. Marcela, aunque me resuelvo
A que os caseis, cuando sea
Para ejecutarlo tiempo,
No puedo dejar de ser
Quien soy, como ves que debo
A mi generoso nombre;
Porque no fuera bien hecho
Daros lugar en mi casa.
(*Ap*. Sustentar mi enojo quiero.)
Pues que ya todos lo saben,
Tú podrás con más secreto
Proseguir ese tu amor;
Que en la ocasion yo me ofrezco
A ayudaros á los dos;
Que Teodoro es hombre cuerdo,
Y se ha criado en mi casa;
Y á tí, Marcela, te tengo
La obligacion que tú sabes,
Y no poco parentesco.

MARC. A tus piés tienes tu hechura.

DIANA. Véte.

MARC. Mil veces los beso.

DIANA. Dejadme sola.

ANAR. (*Ap. á Marcela.*) ¿Qué ha sido?
MARC. Enojos en mi provecho.
DOROT. ¿Sabe tus secretos ya?
MARC. Sí sabe, y que son honestos.
Marcela, Dorotea y Anarda hacen tres reverencias á la condesa, y se van.)

ESCENA XI.

DIANA.

Mil veces he advertido en la belleza,
Gracia y entendimiento de Teodoro,
Que á no ser desigual á mi decoro,
Estimara su ingenio y gentileza.
Es el amor comun naturaleza;
Mas yo tengo mi honor por más tesoro;
Que los respetos de quien soy adoro,
Y aun el pensarlo tengo por bajeza.
La envidia bien sé yo que ha de que- [darme;
Que si la suelen dar bienes ajenos,
Bien tengo de que pueda lamentarme;
Porque quisiera yo que, por lo menos,
Teodoro fuera más, para igualarme
O yo, para igualarle, fuera menos. (*Vase.*)

ESCENA XII.

TEODORO, TRISTAN.

TEOD. No he podido sosegar.
TRIST. Y aun es con mucha razon;
Que ha de ser tu perdicion
Si lo llega á averiguar.
Díjete que la dejaras
Acostar, y no quisiste.
TEOD. Nunca el amor se resiste.
TRIST. Tiras; pero no reparas.
TEOD. Los diestros lo hacen ansí.
TRIST. Bien sé yo que si lo fueras,
El peligro conocieras.
TEOD. ¿Si me conoció?
TRIST. No y sí;
Que no conoció quién eras,
Y sospecha le quedó.
TEOD. Cuando Fabio me siguió
Bajando las escaleras,
Fué milagro no matalle.
TRIST. ¡Qué lindamente tiré
Mi sombrero á la luz!
TEOD. Fué
Detenelle y deslumbralle;
Porque si adelante pasa,
No le dejara pasar.
TRIST. Dije á la luz al bajar:
«Di que no somos de casa;»
Y respondióme: «Mentís.»
Alzé y tiréle el sombrero:
¿Quedé agraviado?
TEOD. Hoy espero
Mi muerte.
TRIST. Siempre decís
Esas cosas los amantes
Cuando menos pena os dan.

TEOD. Pues ¿qué puedo hacer, Tristan,
En peligros semejantes?
TRIST. Dejar de amar á Marcela;
Pues la Condesa es mujer
Que si lo llega á saber,
No te ha de valer cautela
Para no perder su casa.
TEOD. Y ¿no hay más sino olvidar?
TRIST. Liciones te quiero dar
De cómo el amor se pasa.
TEOD. ¿Ya comienzas desatinos?
TRIST. Con arte se vence todo:
Oye, por tu vida, el modo
Por tan fáciles caminos.
Primeramente has de hacer
Resolucion de olvidar,
Sin pensar que has de tornar
Eternamente á querer;
Que si te queda esperanza
De volver, no habrá remedio
De olvidar; que si está en medio
La esperanza, no hay mudanza.
¿Por qué piensas que no olvida
Luego un hombre á una mujer?
Porque, pensando volver,
Va entreteniendo la vida.
Ha de haber resolucion
Dentro del entendimiento,
Con que cesa el movimiento
De aquella imaginacion.
¿No has visto faltar la cuerda
De un reloj, y estarse quedas
Sin movimiento las ruedas?
Pues desa suerte se acuerda
El que tienen las potencias,
Cuando la esperanza falta.
TEOD. Y la memoria ¿no salta
Luego á hacer mil diligencias,
Despertando el sentimiento
A que del bien no se prive?
TRIST. Es enemigo que vive
Asido al entendimiento,
Como dijo la cancion
De aquel español poeta;
Mas por eso es linda treta
Vencer la imaginacion.
TEOD. ¿Cómo?
TRIST. Pensando defetos,
Y no gracias; que olvidando,
Defetos están pensando,
Que no gracias, los discretos.
No la imagines vestida
Con tan linda proporcion
De cintura, en el balcon
De unos chapines subida.
Todo es vana arquitectura;
Porque dijo un sabio un dia
Que á los sastres se debia
La mitad de la hermosura.
Como se ha de imaginar
Una mujer semejante,
Es como un disciplinante
Que le llevan á curar.
Esto sí; que no adornada

Del costoso faldellin:
Pensar defetos, en fin,
Es medicina aprobada.
Si de acordarte que vias
Alguna vez una cosa
Que te pareció asquerosa,
No comes en treinta dias;
Acordándote, Señor,
De los defetos que tiene,
Si á la memoria te viene,
Se te quitará el amor.

TEOD. ¡Qué grosero cirujano!
¡Qué rústica curacion!
Los remedios al fin son
Como de tu tosca mano.
Médico impírico eres;
No has estudiado, Tristan.
Yo no imagino que están
Desa suerte las mujeres,
Sino todas cristalinas,
Como un vidro trasparentes.

TRIST. ¡Vidro! Sí, muy bien lo sientes,
Si á verlas quebrar caminas;
Mas si no piensas pensar
Defetos, pensarte puedo,
Porque ya he perdido el miedo
De que podrás olvidar.
Pardiez, yo quise una vez,
Con esta cara que miras,
A una alforja de mentiras,
Años cinco veces diez;
Y entre otros dos mil defetos,
Cierta barriga tenia,
Que encerrar dentro podia,
Sin otros mil parapetos,
Cuantos legajos de pliegos
Algun escritorio apoya,
Pues como el caballo, en Troya
Pudiera meter cien griegos.
¿No has oido que tenia
Cierto lugar un nogal,
Que en el tronco un oficial
Con mujer y hijos cabia,
Y aun no era la casa escasa?
Pues desa misma manera,
En esta panza cupiera
Un tejedor y su casa.
Y queriéndola olvidar
(Que debió de convenirme),
Dió la memoria en decirme
Que pensase en blanco azâr,
En azucena y jazmin,
En marfil, en plata, en nieve,
Y en la cortina, que debe
De llamarse el faldellin,
Con que yo me deshacia.
Mas tomé más cuerdo acuerdo,
Y dí en pensar, como cuerdo,
Lo que más le parecia:
Cestos de calabazones,
Baules viejos, maletas
De cartas para estafetas,
Almofrejes y jergones;
Con que se trocó en desden
El amor y la esperanza,
Y olvidé la dicha panza
Por siempre jamás amén;
Que era tal, que en los dobleces
(Y no es mucho encarecer)
Se pudieran esconder
Cuatro manos de almireces.

TEOD. En las gracias de Marcela
No hay defetos que pensar.
Yo no la pienso olvidar.

TRIST. Pues á tu desgracia apela,
Y sigue tan loca empresa.

TEOD. Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

TRIST. Pensarlas hasta perder
La gracia de la Condesa.

ESCENA XIII.

DIANA.—DICHOS.

DIANA. Teodoro.

TEOD. (*Ap.*) La misma es.

DIANA. Escucha.

TEOD. A tu hechura manda.

TRIST. (*Ap.*) Si en averiguarlo anda,
De casa volamos tres.

DIANA. Hame dicho cierta amiga
Que desconfia de sí,
Que el papel que traigo aquí
Le escriba: á hacerlo me obliga
La amistad, aunque yo ignoro
Teodoro, cosas de amor;
Y que le escribas mejor
Vengo á decirte, Teodoro.
Toma y léele.

TEOD. Si aquí,
Señora, has puesto la mano,
Igualarle fuera en vano,
Y fuera soberbia en mí.
Sin verle, pedirte quiero
Que á esa señora le envies.

DIANA. Léele.

TEOD. Que desconfies
Me espanto: aprender espero
Estilo que yo no sé;
Que jamás traté de amor.

DIANA. ¿Jamás, jamás?

TEOD. Con temor
De mis defetos, no amé;
Que soy muy desconfiado.

DIANA. Y se puede conocer
De que no te dejas ver,
Pues que te vas rebozado.

TEOD. ¡Yo, Señora! ¿Cuándo ó cómo?

DIANA. Dijéronme que salió
Anoche acaso, y te vió
Rebozado el mayordomo.

TEOD. Andaríamos burlando
Fabio y yo, como solemos,
Que mil burlas nos hacemos.

DIANA. Lee, lee.

TEOD. Estoy pensando
Que tengo algun envidioso.

DIANA. Celoso podria ser.

Lee, lee.
TEOD. Quiero ver
Ese ingenio milagroso.
(*Lee.*) «Amar por ver amar, envidia ha sido,
Y primero que amar estar celosa
Es invencion de amor maravillosa,
Y que por imposible se ha tenido.
»De los celos mi amor ha procedido,
Por pesarme que, siendo más hermosa,
No fuese en ser amada tan dichosa,
Que hubiese lo que envidio merecido.
»Estoy sin ocasion desconfiada,
Celosa sin amor, aunque sintiendo:
Debo de amar, pues quiero ser amada.
»Ni me dejo forzar ni me defiendo;
Darme quiero á entender sin decir nada:
Entiéndame quien puede; yo me entiendo.»
DIANA. ¿Qué dices?
TEOD. Que si esto es
A propósito del dueño,
No he visto cosa mejor;
Mas confieso que no entiendo
Cómo puede ser que amor
Venga á nacer de los celos,
Pues que siempre fué su padre.
DIANA. Porque esta dama, sospecho
Que se agradaba de ver
Este galan, sin deseo;
Y viéndole ya empleado
En otro amor, con los celos
Vino á amar y á desear.
¿Puede ser?
TEOD. Yo lo concedo;
Mas ya esos celos, Señora,
De algun principio nacieron,
Y ese fué amor; que la causa
No nace de los efetos,
Sino los efetos della.
DIANA. No sé, Teodoro: esto siento
Desta dama, pues me dijo
Que nunca al tal caballero
Tuvo más que inclinacion,
Y en viéndole amar, salieron
Al camino de su honor
Mil salteadores deseos,
Que le han desnudado el alma
Del honesto pensamiento
Con que pensaba vivir.
TEOD. Muy lindo papel has hecho:
Yo no me atrevo á igualarle.
DIANA. Entra y prueba.
TEOD. No me atrevo.
DIANA. Haz esto, por vida mia.
TEOD. Vusiñoría con esto
Quiere probar mi ignorancia.
DIANA. Aquí aguardo: vuelve luego.
TEOD. Yo voy. (*Vase.*)
DIANA. Escucha, Tristan.

ESCENA XIV.

DIANA, TRISTAN.

TRIST. A ver lo que mandas vuelvo,
Con vergüenza destas calzas;
Que el secretario, mi dueño,
Anda salido estos dias;
Y hace mal un caballero,
Sabiendo que su lacayo
Le va sirviendo de espejo,
De lucero y de cortina,
En no traerle bien puesto.
Escalera del señor,
Si va á caballo, un discreto,
Nos llamó, pues á su cara
Se sube por nuestros cuerpos.
No debe de poder más.
DIANA. ¿Juega?
TRIST. ¡Pluguiera á los cielos!
Que á quien juega, nunca faltan,
Desto ó de aquéllo, dineros.
Antiguamente los reyes
Algun oficio aprendieron,
Por si en la guerra ó la mar
Perdian su patria y reino,
Saber con qué sustentarse:
¡Dichosos los que pequeños
Aprendieron á jugar!
Pues en faltando, es el juego
Un arte noble que gana
Con poca pena el sustento.
Verás un grande pintor,
Acrisolando el ingenio,
Hacer una imágen viva,
Y decir el otro necio
Que no vale diez escudos;
Y que el que juega, en diciendo
«Paro,» con salir la suerte,
Le sale á ciento por ciento.
DIANA. En fin, ¿no juega?
TRIST. Es cuitado.
DIANA. A la cuenta será cierto
Tener amores.
TRIST. ¡Amores!
¡Oh qué donaire! Es un hielo.
DIANA. Pues un hombre de su talle,
Galan, discreto y mancebo,
¿No tiene algunos amores
De honesto entretenimiento?
TRIST. Yo trato en paja y cebada,
No en papeles y requiebros.
De dia te sirve aquí;
Que está ocupado sospecho.
DIANA. Pues ¿nunca sale de noche?
TRIST. No le acompaño; que tengo
Una cadera quebrada.
DIANA. ¿De qué, Tristan?
TRIST. Bien te puedo
Responder lo que responden
Las mal casadas, en viendo
Cardenales en su cara
Del mojicon de los celos:
«Rodé por las escaleras.»
DIANA. ¿Rodaste?
TRIST. Por largo trecho.
Con las costillas conté
Los pasos.
DIANA. Forzoso es eso,

Si á la lámpara, Tristan,
Le tirabas el sombrero.

TRIST. (*Ap.*) ¡Oxte, puto! ¡Vive Dios,
Que se sabe todo el cuento!

DIANA. ¿No respondes?

TRIST. Por pensar
Cuándo... pero ya me acuerdo:
Anoche andaban en casa
Unos murciélagos negros;
El sombrero les tiraba,
Fuése á la luz uno dellos,
Y acerté, por dar en él,
En la lámpara, y tan presto
Por la escalera rodé,
Que los dos piés se me fueron.

DIANA. Todo está muy bien pensado;
Pero un libro de secretos
Dice que es buena la sangre
Para quitar el cabello
(Desos murciélagos digo);
Y haré yo sacarla luego,
Si es cabello la ocasion,
Para quitarla con ellos.

TRIST. (*Ap.*) ¡Vive Dios, que hay chamusquina,
Y que por murcielaguero
Me pone en una galera!

DIANA. (*Ap.*) ¡Qué traigo de pensamientos!

ESCENA XV.

FABIO, *y después*, EL MARQUÉS RICARDO Y CELIO.—DIANA.

FABIO. Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA. Poned esas sillas luego.
(*Salen Ricardo y Celio, y vanse Fabio y Tristan.*)

RICAR. Con el cuidado que el amor, Diana,
Pone en un pecho que aquel fin desea
Que la mayor dificultad allana,
El mismo quiere que te adore y vea:
Solicito mi causa, aunque por vana
Esta ambicion algun contrario crea,
Que dando más lugar á su esperanza,
Tendrá menos amor que confianza.
Está vueseñoría tan hermosa,
Que estar buena el mirarla me asegura;
Que en la mujer (y es bien pensada cosa)
La más cierta salud es la hermosura;
Que en estando gallarda, alegre, airosa,
Es necedad, es ignorancia pura,
Llegar á preguntarle si está buena,
Que todo entendimiento la condena.
Sabiendo que lo estais, como lo dice
La hermosura, Diana, y la alegría,
De mí, si á la razon no contradice,
Saber, Señora, cómo estoy querria.

DIANA. Que vuestra señoría solenice
Lo que en Italia llaman gallardía
Por hermosura, es digno pensamiento
De su buen gusto y claro entendimiento.
Que me pregunte cómo está, no creo
Que soy tan dueño suyo, que lo diga.

RICAR. Quien sabe de mi amor y mi deseo
El fin honesto, á este favor se obliga.
A vuestros deudos inclinados veo
Para que en lo tratado se prosiga;
Solo falta, Señora, vuestro acuerdo,
Porque sin él las esperanzas pierdo.
Si, como soy señor de aquel estado
Que con igual nobleza heredé agora,
Lo fuera desde el sur más abrasado
A los primeros paños del aurora;
Si el oro, de los hombres adorado,
Las congeladas lágrimas que llora (*a*)
El cielo, ó los diamantes orientales
Que abrieron por el mar caminos tales,
Tuviera yo, lo mismo os ofreciera;
Y no dudeis, Señora, que pasara
Adonde el sol apenas luz me diera,
Como á solo serviros importara:
En campañas de sal piés de madera
Por las remotas aguas estampara,
Hasta llegar á las australes playas,
Del humano poder últimas rayas.

DIANA. Creo, señor Marqués, el amor vuestro;
Y satisfecha de nobleza tanta,
Haré tratar el pensamiento nuestro,
Si el conde Federico no le espanta.

RICAR. Bien sé que en trazas es el Conde diestro,
Porque en ninguna cosa me adelanta;
Mas yo fio de vos que mi justicia
Los ojos cegará de su malicia.

ESCENA XVI.

TEODORO.—DIANA, RICARDO, CELIO.

TEOD. Ya lo que mandas hice.

RICAR. Si ocupada
Vueseñoría está, no será justo
Hurtarle el tiempo.

DIANA. No importará nada,
Puesto que á Roma escribo.

RICAR. No hay disgusto
Como en dia de cartas dilatada
Visita.

DIANA. Sois discreto.

RICAR. En daros gusto.—
Celio, ¿qué te parece? (*Ap. á él.*)

CELIO. Que quisiera
Que ya tu justo amor premio tuviera.
(*Vanse Ricardo y Celio.*)

ESCENA XVII.

DIANA, TEODORO.

DIANA. ¿Escribiste?

TEOD. Ya escribí,
Aunque bien desconfiado;
Mas soy mandado y forzado.

DIANA. Muestra.

TEOD. Lee.

DIANA. Dice así:
(*Lee.*) «Querer por ver querer, envidia fuera,
Si quien lo vió, sin ver amar no amara;

(*a*) Perlas; pensamiento falso.

Que si mentirte quisiera,
No me faltara un engaño;
Pero no hay cosa que venza,
Como decir la verdad,
A una persona discreta.

DIANA. Teodoro, justo castigo
La deslealtad mereciera
De haber perdido el respeto
A mi casa; y la nobleza
Que usé anoche con los dos
No es justo que parte sea
A que os atrevais ansí;
Que en llegando á desvergüenza
El amor, no hay privilegio
Que al castigo le defienda.
Mientras no os casais los dos,
Mejor estará Marcela
Cerrada en un aposento;
Que no quiero yo que os vean
Juntos las demás criadas,
Y que por ejemplo os tengan
Para casárseme todas.
¡Dorotea! ¡ah, Dorotea!

ESCENA XXI.

DOROTEA.—DICHOS.

DOROT. Señora...

DIANA. Toma esta llave,
Y en mi propia cuadra encierra
A Marcela; que estos dias
Podrá hacer labor en ella.—
No direis que esto es enojo.

DOROT. ¿Qué es esto, Marcela? (*Ap. á ella.*)

MARC. Fuerza
De un poderoso tirano
Y una rigurosa estrella.
Enciérrame por Teodoro.

DOROT. Cárcel aquí no la temas,
Y para puertas de celos
Tiene amor llave maestra.
(*Vanse Marcela y Dorotea.*)

ESCENA XXII.

DIANA, TEODORO.

DIANA. En fin, Teodoro, ¿tú quieres
Casarte?

TEOD. Yo no quisiera
Hacer cosa sin tu gusto:
Y créeme, que mi ofensa
No es tanta como te han dicho;
Que bien sabes que con lengua
De escorpion pintan la envidia;
Y que si Ovidio supiera
Qué era servir, no en los campos,
No en las montañas desiertas
Pintara su escura casa;
Que aquí habita y aquí reina.

DIANA. Luego ¿no es verdad que quieres
A Marcela?

TEOD. Bien pudiera
Vivir sin Marcela yo.

DIANA. Pues díceme que por ella
Pierdes el seso.

TEOD. Es tan poco,
Que no es mucho que le pierda;
Mas crea vueseñoría
Que, aunque Marcela merezca
Esas finezas en mí,
No ha habido tantas finezas.

DIANA. Pues ¿no le has dicho requiebros
Tales que engañar pudieran
A mujer de más valor?

TEOD. Las palabras poco cuestan.

DIANA. ¿Qué le has dicho, por mi vida?
¿Cómo, Teodoro, requiebran
Los hombres á las mujeres?

TEOD. Como quien ama y quien ruega,
Vistiendo de mil mentiras
Una verdad, y esa apenas.

DIANA. Sí; pero ¿con qué palabras?

TEOD. Extrañamente me aprieta
Vueseñoría. «Esos ojos
(Le dije), esas niñas bellas,
Son luz con que ven los mios;
Y los corales y perlas
Desa boca celestial...»

DIANA. ¿Celestial?

TEOD. Cosas como estas
Son la cartilla, Señora,
De quien ama y quien desea.

DIANA. Mal gusto tienes, Teodoro.
No te espantes de que pierdas
Hoy el crédito conmigo,
Porque sé yo que en Marcela
Hay más defectos que gracias,
Como la miro más cerca.
Sin esto, porque no es limpia,
No tengo pocas pendencias
Con ella... Pero no quiero
Desenamorarte della;
Que bien pudiera decirte
Cosas... Pero aquí se quedan
Sus gracias ó sus desgracias;
Que yo quiero que la quieras,
Y que os caseis en buen hora.
Mas pues de amador te precias,
Dame consejo, Teodoro,
Ansí á Marcela poseas,
Para aquella amiga mia,
Que há dias que no sosiega
De amores de un hombre humilde.
Porque si en quererle piensa,
Ofende su autoridad;
Y si de quererle deja,
Pierde el jüicio de celos;
Que el hombre, que no sospecha
Tanto amor, anda cobarde,
Aunque es discreto, con ella.

TEOD. Yo, Señora, ¿sé de amor?
No sé por Dios cómo pueda
Aconsejarte.

DIANA. ¿No quieres,
Como dices, á Marcela?
¿No le has dicho esos requiebros?

Tuvieran lengua las puertas,
Que ellas dijeran...

TEOD. No hay cosa
Que decir las puertas puedan.

DIANA. Ea, que ya te sonrojas,
Y lo que niega la lengua,
Confiesas con las colores.

TEOD. Si ella te lo ha dicho, es necia.
Una mano le tomé,
Y no me quedé con ella,
Que luego se la volví:
No sé yo de qué se queja.

DIANA. Sí; pero hay manos que son
Como la paz de la Iglesia,
Que siempre vuelven besadas.

TEOD. Es necísima Marcela.
Es verdad que me atreví,
Pero con mucha vergüenza,
A que templase la boca
Con nieve y con azucenas.

DIANA. ¿Con azucenas y nieve?
Huelgo de saber que tiempla
Ese emplasto el corazon.
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEOD. Que si esa dama que dices,
Hombre tan bajo desea,
Y de quererle resulta
A su honor tanta bajeza,
Haga que con un engaño,
Sin que la conozca, pueda
Gozarle.

DIANA. Queda el peligro
De presumir que lo entienda.
¿No será mejor matarle?

TEOD. De Marco Aurelio se cuenta
Que dió á su mujer Faustina,
Para quitarle la pena,
Sangre de un esgrimidor;
Pero estas romanas pruebas
Son buenas entre gentiles.

DIANA. Bien dices; que no hay Lucrecias,
Ni Torcatos ni Virginios
En esta edad; y en aquella
Hubo Faustinas, Teodoro,
Mesalinas y Popeas.
Escríbeme algun papel
Que á este propósito sea,
Y queda con Dios. ¡Ay, Dios! *(Cae.)*
Caí. ¿Qué me miras? Llega,
Dame la mano.

TEOD. El respeto
Me detuvo de ofrecella.

DIANA. ¡Qué graciosa grosería!
¡Que con la capa la ofrezcas!

TEOD. Así cuando vas á misa
Te la da Otavio.

DIANA. Es aquella
Mano que yo no le pido,
Y debe de haber setenta
Años que fué mano, y viene
Amortajada por muerta.
Aguardar quien ha caido
A que se vista de seda,
Es como ponerse un jaco
Quien ve al amigo en pendencia;
Que mientras baja, le han muerto.
Demás que no es bien que tenga
Nadie por más cortesía,
Aunque melindres lo aprueban,
Que una mano, si es honrada,
Traiga la cara cubierta.

TEOD. Quiero estimar la merced
Que me has hecho.

DIANA. Cuando seas
Escudero, la darás
En el ferreruelo envuelta;
Que agora eres secretario:
Con que te he dicho que tengas
Secreta aquesta caida,
Si levantarte deseas. *(Vase.)*

ESCENA XXIII.

TEODORO.

[Puedo,
¿Puedo creer que aquesto es verdad?
Si miro que es mujer Diana hermosa.
Pidió mi mano, y la color de rosa,
Al dársela, robó del rostro el miedo.
Tembló, yo lo sentí: dudoso quedo.
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa;
Si bien, por ser la empresa tan dudosa,
Niego al temor lo que al valor concedo.
Mas dejar á Marcela es caso injusto;
Que las mujeres no es razon que esperen
De nuestra obligacion tanto disgusto.
Pero si ellas nos dejan cuando quieren
Por cualquiera interés ó nuevo gusto,
Mueran tambien como los hombres mue-
[ren.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE FEDERICO, LEONIDO.

FEDER. ¿Aquí le viste?

LEON. Aquí entró,
Como el alba por un prado,
Que á su tapete bordado
La primera luz le dió;
Y segun la devocion,
No pienso que tardarán;
Que conozco al capellan,
Y es más breve que es razon.

FEDER. ¡Ay si le pudiese hablar!

LEON. Siendo tú su primo, es cosa
Acompañarla forzosa.

FEDER. El pretenderme casar
Ha hecho ya sospechoso
Mi parentesco, Leonido;
Que antes de haberla querido,

Nunca estuve temeroso.
Verás que un hombre visita
Una dama libremente
Por conocido ó pariente,
Mientras no la solicita;
Pero en llegando á querella,
Aunque de todos se guarde,
Menos entra, y más cobarde,
Y apenas habla con ella.
Tal me ha sucedido á mí
Con mi prima la Condesa;
Tanto que de amar me pesa,
Pues lo más del bien perdí;
Pues me estaba mejor vella
Tan libre como solia.

ESCENA II.

RICARDO Y CELIO, *que se quedan lejos de*—FEDERICO Y LEONIDO.

CELIO. A pié digo que salia,
Y alguna gente con ella.
RICAR. Por estar la iglesia enfrente,
Y por preciarse del talle,
Ha querido honrar la calle.
CELIO. ¿No has visto por el oriente
Salir serena mañana
El sol con mil rayos de oro,
Cuando dora el blanco toro
Que pace campos de grana;
(Que así llamaba un poeta
Los primeros arreboles)?
Pues tal salió con dos soles,
Más hermosa y más perfeta,
La bellísima Diana,
La condesa de Belflor.
RICAR. Mi amor te ha vuelto pintor
De tan serena mañana;
Y hácesla sol con razon,
Porque el sol en sus caminos
Va pasando varios sinos,
Que sus pretendientes son.
Mira que allí Federico
Aguarda sus rayos de oro.
CELIO. ¿Cuál de los dos será el toro
A quien hoy al sol aplico?
RICAR. Él por primera aficion,
Aunque del nombre se guarde;
Que yo por entrar más tarde,
Seré el signo del leon.
FEDER. ¿Es aquel Ricardo?
LEON. Él es.
FEDER. Fuera maravilla rara
Que deste puesto faltara.
LEON. Gallardo viene el Marqués.
FEDER. No pudieras decir más,
Si tú fueras el celoso.
LEON. ¿Celos tienes?
FEDER. ¿No es forzoso?
De alabarle me los das.
LEON. Si á nadie quiere Diana,
¿De qué los puedes tener?
FEDER. De que le puede querer;
Que es mujer.
LEON. Sí; mas tan vana,
Tan altiva y desdeñosa,
Que á todos os asegura.
FEDER. Es soberbia la hermosura.
LEON. No hay ingratitud hermosa.
CELIO. Diana sale, Señor.
RICAR. Pues tendrá mi noche dia.
CELIO. ¿Hablarásle?
RICAR. Eso querria,
Si quiere el competidor.

ESCENA III.

DIANA, OTAVIO, FABIO; *y detrás*, MARCELA, DOROTEA Y ANARDA, *con mantos*.—DICHOS.

FEDER. (*A Diana.*)
Aquí aguardaba con deseo de veros.
DIANA. Señor Conde, seais muy bien hallado.
RICAR. Y yo, Señora, con el mismo agora
A acompañaros vengo y á serviros.
DIANA. Señor Marqués, ¿qué dicha es esta mia?
¡Tanta merced!
RICAR. Bien debe á mi deseo
Vueseñoría este cuidado.
FEDER. (*A su criado.*) Creo
Que no soy bien mirado y admitido.
LEON. Háblale; no te turbes.
FEDER. ¡Ay, Leonido!
Quien sabe que no gustan de escuchalle,
¿De qué te admiras que se turbe y calle?
(*Vanse.*)

═

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA IV.

TEODORO.

Nuevo pensamiento mio,
Desvanecido en el viento,
Que con ser mi pensamiento,
De veros volar me rio,
Parad, detened el brio,
Que os detengo y os provoco;
Porque si el intento es loco,
De los dos lo mismo escucho,
Aunque donde el premio es mucho,
El atrevimiento es poco.
Y si por disculpa dais
Que es infinito el que espero,
Averigüemos primero,
Pensamiento, en qué os fundais.
Vos á quien servís amais:
Direis que ocasion teneis,
Si á vuestros ojos creeis;
Pues, pensamiento, decildes
Que sobre pajas humildes
Torres de diamante haceis.
Si no me sucede bien,
Quiero culparos á vos;
Mas teniéndola los dos,

No es justo que culpa os dén;
Que podreis decir tambien
Cuando del alma os levanto,
Y de la altura me espanto
Donde el amor os subió,
Que el estar tan bajo yo
Os hace á vos subir tanto.
Cuando algun hombre ofendido,
Al que le ofende defiende,
Que dió la ocasion se entiende:
Del daño que os ha venido,
Sed en buen hora atrevido;
Que aunque los dos nos perdamos,
Esta disculpa llevamos:
Que vos os perdeis por mí,
Y que yo tras vos me fuí,
Sin saber adónde vamos.
Id en buen hora, aunque os dén
Mil muertes por atrevido;
Que no se llama perdido
El que se pierde tan bien.
Como á otros dan parabien
De lo que hallan, estoy tal,
Que de perdicion igual
Os le doy; porque es perderse
Tan bien, que puede tenerse
Envidia del mismo mal.

ESCENA V.

TRISTAN.—TEODORO.

TRIST. Si en tantas lamentaciones
Cabe un papel de Marcela,
Que contigo se consuela
De sus pasadas prisiones,
Bien te le daré sin porte;
Porque á quien no ha menester,
Nadie le procura ver,
A la usanza de la corte.
Cuando está en alto lugar
Un hombre (y ¡qué bien lo imitas!),
¡Qué le vienen de visitas
A molestar y á enfadar!
Pero si mudó de estado,
Como es la fortuna incierta,
Todos huyen de su puerta
Como si fuese apestado.
¿Parécete que lavemos
En vinagre este papel?
TEOD. Contigo, necio, y con él
Entrambas cosas tenemos.
Muestra; que vendrá lavado,
Si en tus manos ha venido.
(*Lee.*) «A Teodoro, mi marido.»
¿Marido? ¡Qué necio enfado!
¡Qué necia cosa!
TRIST. Es muy necia.
TEOD. Pregúntale á mi ventura
Si, subida á tanta altura,
Esas mariposas precia.
TRIST. Léele, por vida mia,
Aunque ya estés tan divino;
Que no hace desprecio el vino
De los mosquitos que cria;
Que yo sé cuando Marcela,
Que llamas ya mariposa,
Era águila caudalosa.
TEOD. El pensamiento, que vuela
A los mismos cercos de oro
Del sol, tan baja la mira,
Que aun de que la ve se admira.
TRIST. Hablas con justo decoro;
Mas ¿qué haremos del papel?
TEOD. Esto.
TRIST. ¿Rasgástele?
TEOD. Sí.
TRIST. ¿Por qué, Señor?
TEOD. Porque ansí
Respondí más presto á él.
TRIST. Ese es injusto rigor.
TEOD. Ya soy otro; no te espantes.
TRIST. Basta; que sois los amantes
Boticarios del amor;
Que, como ellos las recetas,
Vais ensartando papeles.
Récipe celos crueles,
Agua de azules violetas.
Récipe un desden extraño,
Sirupi del *borrajorum*,
Con que la sangre *templorum*,
Para asegurar el daño.
Récipe ausencia: tomad
Un emplasto para el pecho;
Que os hiciera más provecho
Estaros en la ciudad.
Récipe de matrimonio:
Aquí es menester jarabes,
Y tras diez dias süaves
Purgalle con antimonio.
Récipe *signum celeste*,
Que *Capricornius dicetur:*
Ese enfermo *morietur*,
Si no es que paciencia preste.
Récipe que de una tienda
Joya ó vestido *sacabis:*
Con tabletas *confortabis*
La bolsa que tal emprenda.
A esta traza, finalmente,
Van todo el año ensartando.
Llega la paga: en pagando,
O viva ó muera el doliente,
Se rasga todo papel.
Tú la cuenta has acabado,
Y el de Marcela has rasgado
Sin saber lo que hay en él.
TEOD. Ya tú debes de venir
Con el vino que otras veces.
TRIST. Pienso que te desvaneces
Con lo que intentas subir.
TEOD. Tristan, cuantos han nacido
Su ventura han de tener;
No saberla conocer
Es el no haberla tenido.
O morir en la porfía,
O ser conde de Belflor.
TRIST. César llamaron, Señor,
A aquel duque que traia

Escrito por gran blason:
«César ó nada;» y en fin,
Tuvo tan contrario el fin,
Que al fin de su pretension
Escribió una pluma airada:
«César ó nada, dijiste,
Y todo, César, lo fuiste,
Pues fuiste César y nada.»

TEOD. Pues tomo, Tristan, la empresa,
Y haga después la fortuna
Lo que quisiere.

ESCENA VI.

MARCELA Y DOROTEA, *sin reparar en*— TEODORO Y TRISTAN.

DOROT. Si á alguna
De tus desdichas le pesa,
De todas las que servimos
A la Condesa, soy yo.

MARC. En la prision que me dió,
Tan justa amistad hicimos,
Y yo me siento obligada
De suerte, mi Dorotea,
Que no habrá amiga que sea
Más de Marcela estimada.
Anarda piensa que yo
No sé cómo quiere á Fabio.
Pues della nació mi agravio;
Que á la Condesa contó
Los amores de Teodoro.

DOROT. Teodoro está aquí.

MARC. ¡Mi bien!...

TEOD. Marcela, el paso deten.

MARC. ¿Cómo, mi bien, si te adoro,
Cuando á mis ojos te ofreces?

TEOD. Mira lo que haces y dices;
Que en palacio los tapices
Han hablado algunas veces.
¿De qué piensas que nació
Hacer figuras en ellos?
De avisar que detrás dellos
Siempre algun vivo escuchó.
Si un mudo viendo matar
A un rey su padre, dió voces,
Figuras que no conoces,
Pintadas sabrán hablar.

MARC. ¿Has leido mi papel?

TEOD. Sin leerle le he rasgado;
Que estoy tan escarmentado,
Que rasgué mi amor con él.

MARC. ¿Son los pedazos aquestos?

TEOD. Sí, Marcela.

MARC. Y ya ¿mi amor
Has rasgado?

TEOD. ¿No es mejor
Que vernos por puntos puestos
En peligros tan extraños?
Si tú de mi intento estás,
No tratemos desto más,
Para excusar tantos daños.

MARC. ¿Qué dices?

TEOD. Que estoy dispuesto
A no darle más enojos
A la Condesa.

MARC. En los ojos
Tuve muchas veces puesto
El temor desta verdad.

TEOD. Marcela, queda con Dios.
Aquí acaba de los dos
El amor, no el amistad.

MARC. ¡Tú dices eso, Teodoro,
A Marcela!

TEOD. Yo lo digo;
Que soy de quietud amigo,
Y de guardar el decoro
A la casa que me ha dado
El ser que tengo.

MARC. Oye, advierte.

TEOD. Déjame.

MARC. ¿De aquesta suerte
Me tratas?

TEOD. ¡Qué necio enfado! (*Vase.*)

ESCENA VII.

MARCELA, DOROTEA, TRISTAN.

MARC. ¡Ah Tristan, Tristan!

TRIST. ¿Qué quieres?

MARC. ¿Qué es esto?

TRIST. Una mudancita:
Que á las mujeres imita
Teodoro.

MARC. ¿Cuáles mujeres?

TRIST. Unas de azúcar y miel.

MARC. Dile...

TRIST. No me digas nada;
Que soy vaina desta espada,
Nema de aqueste papel,
Caja de aqueste sombrero,
Fieltro deste caminante,
Mudanza deste danzante,
Dia deste vario hebrero,
Sombra deste cuerpo vano,
Posta de aquesta estafeta,
Rastro de aquesta cometa,
Tempestad deste verano;
Y finalmente, yo soy
La uña de aqueste dedo,
Que en cortándome, no puedo
Decir que con él estoy. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MARCELA, DOROTEA.

MARC. ¿Qué sientes desto?

DOROT. No sé;
Que á hablar no me atrevo.

MARC. ¿No?
Pues yo hablaré.

DOROT. Pues yo no.

MARC. Pues yo sí.

DOROT. Mira que fué
Bueno el aviso, Marcela,
De los tapices que miras.

MARC. Amor en celosas iras
Ningun peligro recela.
A no saber cuán altiva
Es la Condesa, dijera
Que Teodoro en algo espera,
Porque no sin causa priva
Tanto estos dias Teodoro.
DOROT. Calla; que estás enojada.
MARC. Mas yo me veré vengada...
Ni soy tan necia, que ignoro
Las tretas de hacer pesar.

ESCENA IX.

FABIO.—DICHAS.

FABIO. ¿Está el secretario aquí?
MARC. ¿Es por burlarte de mí?
FABIO. Por Dios, que le ando á buscar;
Que le llama mi señora.
MARC. Fabio, que sea ó no sea,
Pregúntale á Dorotea
Cuál puse á Teodoro agora.
¿No es majadero cansado
Este secretario nuestro?
FABIO. ¡Qué engaño tan necio el vuestro!
¿Querréis que esté deslumbrado
De lo que los dos tratais?
¿Es concierto de los dos?
MARC. ¿Concierto? ¡Bueno!
FABIO. Por Dios,
Que pienso que me engañais.
MARC. Confieso, Fabio, que oí
Las locuras de Teodoro;
Mas yo sé que á un hombre adoro,
Harto parecido á tí.
FABIO. ¿A mí?
MARC. Pues ¿no te pareces
A tí?
FABIO. Pues ¡á mí, Marcela!
MARC. Si te hablo con cautela,
Fabio; si no me enloqueces,
Si tu talle no me agrada,
Si no soy tuya, mi Fabio,
Máteme el mayor agravio,
Que es el querer despreciada.
FABIO. Es engaño conocido,
O tú te quieres morir,
Pues quieres restituir
El alma que me has debido.
Si es burla ó es invencion,
¿A qué camina tu intento?
DOROT. Fabio, ten atrevimiento
Y aprovecha la ocasion;
Que hoy te ha de querer Marcela
Por fuerza.
FABIO. Por voluntad
Fuera amor, fuera verdad.
DOROT. Teodoro más alto vuela;
De Marcela se descarta.
FABIO. Marcela, á buscarle voy.
Bueno en sus desdenes soy:
Si amor te convierte en carta,
El sobrescrito á Teodoro,
Y en su ausencia dénla á Fabio.
Mas yo perdono el agravio,
Aunque ofenda mi decoro,
Y de espacio te hablaré,
Siempre tuyo en bien ó en mal. (*Vase.*)

ESCENA X.

MARCELA, DOROTEA.

DOROT. ¿Qué has hecho?
MARC. No sé; estoy tal,
Que de mí misma no sé.
Anarda ¿no quiere á Fabio?
DOROT. Sí quiere.
MARC. Pues de los dos
Me vengo; que amor es dios
De la envidia y del agravio.

ESCENA XI.

DIANA, ANARDA.—DICHAS.

DIANA. (*Ap. á Anarda.*) Esta ha sido la ocasion;
No me reprehendas más.
ANAR. La disculpa que me das
Me ha puesto en más confusion.
Marcela está aquí, Señora,
Hablando con Dorotea.
DIANA. Pues no hay disgusto que sea
Para mí mayor agora.—
Salte allá fuera, Marcela.
MARC. Vamos, Dorotea, de aquí.
(*Ap.* Bien digo yo que de mí
O se enfada ó se recela.)
(*Vanse Marcela y Dorotea.*)

ESCENA XII.

DIANA, ANARDA.

ANAR. ¿Puédote hablar?
DIANA. Ya bien puedes.
ANAR. Los dos que de aquí se van
Ciegos de tu amor están;
Tú en desdeñarlos, excedes
La condicion de Anajarte,
La castidad de Lucrecia;
Y quien á tantos desprecia...
DIANA. Ya me canso de escucharte.
ANAR. ¿Con quién se piensa casar?
¿No puede el marqués Ricardo,
Por generoso y gallardo,
Si no exceder, igualar
Al más poderoso y rico?
Y la más noble mujer
¿Tambien no lo puede ser
De tu primo Federico?
¿Por qué los has despedido
Con tan extraño desprecio?
DIANA. Porque uno es loco, otro necio,
Y tú, en no haberme entendido,
Más, Anarda, que los dos.
No los quiero, porque quiero,

Y quiero porque no espero
Remedio.
ANAR. ¡Válame Dios!
¿Tú quieres?
DIANA. ¿No soy mujer?
ANAR. Sí, pero imágen de hielo,
Donde el mismo sol del cielo
Podrá tocar y no arder.
DIANA. Pues esos hielos, Anarda,
Dieron todos á los piés
De un hombre humilde.
ANAR. ¿Quién es?
DIANA. La vergüenza me acobarda,
Que de mi propio valor
Tengo: no diré su nombre;
Basta que sepas que es hombre
Que puede infamar mi honor.
ANAR. Si Pasifae quiso un toro,
Semíramis un caballo,
Y otras los monstros que callo
Por no infamar su decoro,
¿Qué ofensa te puede hacer
Querer hombre, sea quien fuere?
DIANA. Quien quiere, puede, si quiere,
Como quiso, aborrecer.
Esto es lo mejor: yo quiero
No querer.
ANAR. ¿Podrás?
DIANA. Podré;
Que si cuando quise amé,
No amar en queriendo espero.
(*Tocan dentro.*)
¿Quién canta?
ANAR. Fabio con Clara.
DIANA. ¡Ojalá que me diviertan!
ANAR. Música y amor conciertan
Bien; en la cancion repara.
(*Cantan dentro.*)
¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciese
Que en no queriendo amar aborreciese!
¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciera
Que en no queriendo amar aborreciera!
ANAR. ¿Qué te dice la cancion?
¿No ves que te contradice?
DIANA. Bien entiendo lo que dice;
Mas yo sé mi condicion,
Y sé que estará en mi mano,
Como amar, aborrecer.
ANAR. Quien tiene tanto poder
Pasa del límite humano.

ESCENA XIII.

TEODORO.—DICHAS.

TEOD. Fabio me ha dicho, Señora,
Que le mandaste buscarme.
DIANA. Horas há que te deseo.
TEOD. Pues ya vengo á que me mandes,
Y perdona si he faltado.
DIANA. Ya has visto estos dos amantes...
Estos dos mis pretendientes.
TEOD. Sí, Señora.
DIANA. Buenos talles
Tienen los dos.
TEOD. Y muy buenos.
DIANA. No quiero determinarme
Sin tu consejo. ¿Con cuál
Te parece que me case?
TEOD. Pues ¿qué consejo, Señora,
Puedo yo en las cosas darte
Que consisten en tu gusto?
Cualquiera que quieras darme
Por dueño, será el mejor.
DIANA. Mal pagas el estimarte
Por consejero, Teodoro,
En caso tan importante.
TEOD. Señora, en casa ¿no hay viejos
Que entienden de casos tales?
Otavio, tu mayordomo,
Con experiencia lo sabe,
Fuera de su larga edad.
DIANA. Quiero yo que á tí te agrade
El dueño que has de tener.
¿Tiene el Marqués mejor talle
Que mi primo?
TEOD. Sí, Señora.
DIANA. Pues elijo al Marqués: parte,
Y pídele las albricias.
(*Vanse la Condesa y Anarda.*)

ESCENA XIV.

TEODORO.

¿Hay desdicha semejante?
¿Hay resolucion tan breve?
¿Hay mudanza tan notable?
¿Estos eran los intentos
Que tuve? ¡Oh sol, abrasadme
Las alas con que subí,
Pues vuestro rayo deshace
Las mal atrevidas plumas
A la belleza de un ángel!
Cayó Diana en su error.
¡Oh, qué mal hice en fiarme
De una palabra amorosa!
¡Ay! ¡cómo entre desiguales
Mal se concierta el amor!
Pero, ¿es mucho que me engañen
Aquellos ojos á mí,
Si pudieran ser bastantes
A hacer engaños á Ulíses?
De nadie puedo quejarme,
Sino de mí. Pero en fin
¿Qué pierdo cuando me falte?
Haré cuenta que he tenido
Algun accidente grave,
Y que mientras me duró,
Imaginé disparates.
No más; despedíos de ser,
Oh pensamiento arrogante,
Conde de Belflor; volved
La proa al antigua márgen;
Queramos nuestra Marcela;
Para vos Marcela baste.
Señoras busquen señores;
Que amor se engendra de iguales;

Y pues en aire naciste,
Quedad convertido en aire;
Que donde méritos faltan,
Los que piensan subir, caen.

ESCENA XV.

FABIO.—TEODORO.

FABIO. ¿Hablaste ya con mi señora?
TEOD. Agora,
Fabio, le hablé, y estoy con gran contento,
Porque ya la Condesa mi señora
Rinde su condicion al casamiento.
Los dos que viste, cada cual la adora;
Mas ella, con su raro entendimiento,
Al Marqués escogió.
FABIO. Discreta ha sido.
TEOD. Que gane las albricias me ha pedido;
Mas yo, que soy tu amigo, quiero darte,
Fabio, aqueste provecho: parte presto,
Y pídelas por mí.
FABIO. Si debo amarte, [to.
Muestra la obligacion en que me has pues-
Voy como un rayo, y volveré á buscarte,
Satisfecho de tí, contento desto.
Y alábese el Marqués; que ha sido empresa
De gran valor rendirse la Condesa. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

TRISTAN.—TEODORO.

TRIST. Turbado á buscarte vengo.
¿Es verdad lo que me han dicho?
TEOD. ¡Ay, Tristan! verdad será,
Si son desengaños mios.
TRIST. Ya, Teodoro, en las dos sillas
Los dos batanes he visto
Que molieron á Diana;
Pero que hubiese elegido,
Hasta agora no lo sé.
TEOD. Pues, Tristan, agora vino
Ese tornasol mudable,
Esa veleta, ese vidrio,
Ese rio junto al mar,
Que vuelve atrás, aunque es rio;
Esa Diana, esa luna,
Esa mujer, ese hechizo,
Ese monstruo de mudanzas,
Que solo perderme quiso
Por afrentar sus vitorias;
Y que dijese me dijo
Cuál de los dos me agradaba;
Porque sin consejo mio
No se pensaba casar.
Quedé muerto, y tan perdido,
Que no responder locuras
Fué de mi locura indicio.
Díjome, en fin, que el Marqués
Le agradaba, y que yo mismo
Fuese á pedir las albricias.
TRIST. Ella en fin ¿tiene marido?
TEOD. El marqués Ricardo.
TRIST. Pienso
Que, á no verte sin jüicio,
Y porque dar aflicion
No es justo á los afligidos,
Que agora te diera vaya
De aquel pensamiento altivo
Con que á ser conde aspirabas.
TEOD. Si aspiré, Tristan, ya espiro.
TRIST. La culpa tienes de todo.
TEOD. No lo niego; que yo he sido
Fácil en creer los ojos
De una mujer.
TRIST. Yo te digo
Que no hay vasos de veneno
A los mortales sentidos,
Teodoro, como los ojos
De una mujer.
TEOD. De corrido,
Te juro, Tristan, que apenas
Puedo levantar los mios.
Esto pasó, y el remedio
Es sepultar en olvido
El suceso y el amor.
TRIST. ¡Qué, arrepentido y contrito
Has de volver á Marcela!
TEOD. Presto seremos amigos.

ESCENA XVII.

MARCELA, *sin reparar en*—TEODORO Y TRISTAN.

MARC. (*Para sí.*) [ne!
¡Qué mal que finge amor quien no le tie-
¡Qué mal puede olvidarse amor de un año,
Pues mientras más el pensamiento engaño,
Más atrevido á la memoria viene!
Pero si es fuerza y al honor conviene,
Remedio suele ser del desengaño
Curar el propio amor amor extraño;
Que no es poco remedio el que entretiene.
Mas ¡ay! que imaginar que puede amar-
En medio de otro amor, es atreverse [se
A dar mayor venganza por vengarse.
Mejor es esperar que no perderse;
Que suele alguna vez, pensando helarse,
Amor, con los remedios encenderse.
TEOD. Marcela...
MARC. ¿Quién es?
TEOD. Yo soy.
¿Así te olvidas de mí?
MARC. Y tan olvidada estoy,
Que á no imaginar en tí,
Fuera de mí misma voy.
Porque si en mí misma fuera,
Te imaginara y te viera;
Que para no imaginarte,
Tengo el alma en otra parte,
Aunque olvidarte no quiera.
¿Cómo me osaste nombrar?
¿Cómo cupo en esa boca
Mi nombre?
TEOD. Quise probar
Tu firmeza, y es tan poca,

Que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleó
Tu cuidado en un sugeto
Que mi amor sostituyó.

MARC. Nunca, Teodoro, el discreto
Mujer ni vidrio probó.
Mas no me dés á entender
Que prueba quisiste hacer;
Yo te conozco, Teodoro:
Unos pensamientos de oro
Te hicieron enloquecer.
¿Cómo te va? ¿No te salen
Como tú los imaginas?
¿No te cuestan lo que valen?
¿No hay dichas que las divinas
Partes de tu dueño igualen?
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
Turbado, Teodoro, vienes.
¿Mudóse aquel vendabal?
¿Vuelves á buscar tu igual,
O te burlas y entretienes?
Confieso que me holgaria
Que dieses á mi esperanza,
Teodoro, un alegre dia.

TEOD. Si le quieres con venganza,
¿Qué mayor, Marcela mia?
Pero mira que el amor
Es hijo de la nobleza:
No muestres tanto rigor;
Que es la venganza bajeza
Indigna del vencedor.
Venciste: yo vuelvo á tí,
Marcela; que no salí
Con aquel mi pensamiento.
Perdona el atrevimiento,
Si ha quedado amor en tí.
No porque no puede ser
Proseguir las esperanzas
Con que te pude ofender,
Mas porque en estas mudanzas
Memorias me hacen volver.
Sean pues estas memorias
Parte á despertar la tuya,
Pues confieso tus vitorias.

MARC. No quiera Dios que destruya
Los principios de tus glorias.
Sirve, bien haces, porfía,
No te rindas; que dirá
Tu dueño que es cobardía.
Sigue tu dicha; que ya
Voy prosiguiendo la mia.
No es agravio amar á Fabio,
Pues me dejaste, Teodoro,
Sino el remedio más sabio;
Que aunque el dueño no mejoro,
Basta vengar el agravio.
Y quédate á Dios; que ya
Me cansa el hablar contigo;
No venga Fabio, que está
Medio casado conmigo.

TEOD. Tenla, Tristan; que se va.

TRIST. Señora, Señora, advierte
Que no es volver á quererte
Dejar de haberte querido.
Disculpa el buscarte ha sido,
Si ha sido culpa ofenderte.
Oyeme, Marcela, á mí.

MARC. ¿Qué quieres, Tristan?

TRIST. Espera.

ESCENA XVIII.

DIANA, ANARDA.—TEODORO, MARCELA Y TRISTAN, *sin verlas.*

DIANA. (*Ap.*) ¡Teodoro y Marcela aquí!

ANAR. (*Ap. á la Condesa.*)
Parece que el ver te altera
Que estos dos se hablen ansí.

DIANA. Toma, Anarda, esa antepuerta,
Y cubrámonos las dos.
(*Ap.* Amor con celos despierta.)
(*Ocúltanse Diana y Anarda.*)

MARC. Déjame, Tristan, por Dios.

ANAR. (*Ap. á Diana.*)
Tristan á los dos concierta,
Que deben de estar reñidos.

DIANA. El alcahuete lacayo
Me ha quitado los sentidos.

TRIST. No pasó más presto el rayo,
Que por sus ojos y oidos
Pasó la necia belleza
Desa mujer que le adora.
Ya desprecia su riqueza;
Que más riqueza atesora
Tu gallarda gentileza.
Haz cuenta que fué cometa
Aquel amor. Vén acá,
Teodoro.

DIANA. (*Ap.*) ¡Brava estafeta
Es el lacayo!

TEOD. Si ya
Marcela, á Fabio sujeta,
Dice que le tiene amor,
¿Por qué me llamas, Tristan?

TRIST. ¡Otro enojado!

TEOD. Mejor
Los dos casarse podrán.

TRIST. ¿Tú tambien? ¡Bravo rigor!
Ea acaba, llega pues,
Dame esa mano, y después
Que se hagan las amistades.

TEOD. Necio, ¿tú me persüades?

TRIST. Por mí quiero que le dés
La mano esta vez, Señor.

TEOD. ¿Cuándo he dicho yo á Marcela
Que he tenido á nadie amor?
Y ella me ha dicho…

TRIST. Es cautela
Para vengar tu rigor.

MARC. No es cautela; que es verdad.

TRIST. Calla, boba.—Ea llegad.
¡Qué necios estais los dos!

TEOD. Yo rogaba; mas por Dios,
Que no he de hacer amistad.

MARC. Pues á mí me pase un rayo.

TRIST. No jures.

MARC. (*Ap. á Tristan.*) Aunque le muestro

Enojo, ya me desmayo.
TRIST. Pues tente firme.
DIANA. (*Ap.*) ¡Qué diestro
Está el bellaco lacayo!
MARC. Déjame, Tristan; que tengo
Qué hacer.
TEOD. Déjala, Tristan.
TRIST. Por mí, vaya.
TEOD. Tenla.
MARC. Vengo,
Mi amor.
TRIST. ¿Cómo no se van
Ya? Que á ninguno detengo.
MARC. ¡Ay, mi bien! no puedo irme.
TEOD. Ni yo, porque no es tan firme
Ninguna roca en la mar.
MARC. Los brazos te quiero dar.
TEOD. Y yo á los tuyos asirme.
TRIST. Si yo no era menester,
¿Por qué me hicistes cansar?
ANAR. (*Ap. á la Condesa.*)
¿Desto gustas?
DIANA. Vengo á ver
Lo poco que hay que fiar
De un hombre y una mujer.
TEOD. ¡Ay! ¡qué me has dicho de afrentas!
TRIST. Yo he salido ya, con veros
Juntar las almas contentas;
Que es desgracia de terceros
No se concertar las ventas.
MARC. Si te trocare, mi bien,
Por Fabio ni por el mundo,
Que tus agravios me dén
La muerte.
TEOD. Hoy de nuevo fundo,
Marcela, mi amor tambien;
Y si te olvidare, digo
Que me dé el cielo en castigo
El verte en brazos de Fabio.
MARC. ¿Quieres deshacer mi agravio?
TEOD. ¿Qué no haré por tí y contigo?
MARC. Di que todas las mujeres
Son feas.
TEOD. Contigo, es claro.
Mira qué otra cosa quieres.
MARC. En ciertos celos reparo,
Ya que tan mi amigo eres;
Que no importa que esté aquí
Tristan.
TRIST. Bien podeis por mí,
Aunque de mí mismo sea.
MARC. Di que la Condesa es fea.
TEOD. Y un demonio para mí.
MARC. ¿No es necia?
TEOD. Por todo extremo.
MARC. ¿No es bachillera?
TEOD. Es cuitada.
DIANA. (*Ap. á Anarda.*)
Quiero estorbarles; que temo
Que no reparen en nada,
Y aunque me hielo, me quemo.
ANAR. ¡Ay, Señora! no hagas tal.
TRIST. Cuando querais decir mal
De la Condesa y su talle,
A mí me oid.
DIANA. ¿Escuchalle
Podré desvergüenza igual?
TRIST. Lo primero...
DIANA. (*Ap.*) Yo no aguardo
A lo segundo; que fuera
Necedad.
MARC. Voyme, Teodoro.
(*Adelántanse Diana y Anarda; Marcela hace una reverencia á la Condesa, y se va.*)
TRIST. (*Ap.*) ¡La Condesa!
TEOD. (*Ap.*) ¡La Condesa!
DIANA. Teodoro...
TEOD. Señora, advierte...
TRIST. (*Ap.*) El cielo á tronar comienza:
No pienso aguardar los rayos. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DIANA, TEODORO, ANARDA.

DIANA. Anarda, un bufete llega.
Escribiráme Teodoro
Una carta de su letra,
Pero notándola yo.
TEOD. (*Ap.*) Todo el corazon me tiembla.
¿Si oyó lo que hablado habemos?
DIANA. (*Ap.*) Bravamente amor despierta
Con los celos á los ojos.
¡Que aqueste amase á Marcela,
Y que yo no tenga partes
Para que tambien me quiera!
¡Que se burlasen de mí!
TEOD. (*Ap.*) Ella murmura y se queja;
Bien digo yo que en Palacio,
Para que á callar aprenda,
Tapices tienen oidos,
Y paredes tienen lenguas.
ANAR. Este pequeño he traido,
Y tu escribanía.
DIANA. Llega,
Teodoro, y toma la pluma.
TEOD. (*Ap.*) Hoy me mata ó me destierra.
DIANA. Escribe.
TEOD. Di.
DIANA. No estás bien
Con la rodilla en la tierra;
Ponle, Anarda, una almohada.
TEOD. Yo estoy bien.
DIANA. Pónsela, necia.
TEOD. (*Ap.*) No me agrada este favor
Sobre enojos y sospechas;
Que quien honra las rodillas,
Cortar quiere la cabeza.)
Yo aguardo.
DIANA. Yo digo ansí.
TEOD. (*Ap.*) Mil cruces hacer quisiera.
(*Siéntase la Condesa en una silla alta; ella dicta y él va escribiendo.*)
DIANA. «Cuando una mujer principal se ha »declarado con un hombre humilde, es»lo mucho el término de volver á hablar »con otra; mas quien no estima su for-

»tuna, quédese para necio.»
TEOD. ¿No dices más?
DIANA. Pues ¿que más?
El papel, Teodoro, cierra.
ANAR. (*Ap. á Diana.*)
¿Qué es esto que haces, Señora?
DIANA. Necedades de amor llenas.
ANAR. Pues ¿á quién tienes amor?
DIANA. ¿Aun no le conoces, bestia?
Pues yo sé que le murmuran
De mi casa hasta las piedras.
TEOD. Ya el papel está cerrado;
Solo el sobrescrito resta.
DIANA. Pon, Teodoro, para tí:
Y no lo entienda Marcela;
Que quizá le entenderás
Cuando de espacio le leas.
(*Vanse la Condesa y Anarda.*)

ESCENA XX.

TEODORO; *y luego,* MARCELA.

TEOD. ¡Hay confusion tan extraña!
¡Que aquesta mujer me quiera
Con pausas, como sangría,
Y que tenga intercadencias
El pulso de amor tan grandes!
(*Sale Marcela.*)
MARC. ¿Qué te ha dicho la Condesa,
Mi bien? que he estado temblando
Detrás de aquella antepuerta.
TEOD. Díjome que te queria
Casar con Fabio, Marcela;
Y este papel que escribí
Es que despacha á su tierra
Por los dineros del dote.
MARC. ¿Qué dices?
TEOD. Solo que sea
Para bien, y pues te casas,
Que de burlas ni de véras
Tomes mi nombre en tu boca.
MARC. Oye.
TEOD. Es tarde para quejas. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

MARCELA.

No, no puedo yo creer
Que aquesta la ocasion sea.
Favores de aquesta loca
Le han hecho dar esta vuelta;
Que él está como arcaduz,
Que cuando baja, le llena
Del agua de su favor,
Y cuando sube, le mengua.
¡Ay de mí, Teodoro ingrato,
Que luego que su grandeza
Te toca al arma, me olvidas!
Cuando te quiere me dejas,
Cuando te deja me quieres.
¿Quién ha de tener paciencia?

ESCENA XXII.

RICARDO, FABIO.—MARCELA.

RICAR. No pude, Fabio, detenerme un hora.
Por tal merced le besaré las manos.
FABIO. Dile presto, Marcela, á mi señora
Que está el Marqués aquí.
MARC. (*Ap.*) Celos tiranos,
Celos crueles, ¿qué quereis agora,
Tras tantos locos pensamientos vanos?
FABIO. ¿No vas?
MARC. Ya voy.
FABIO. Pues dile que ha venido
Nuestro nuevo señor y su marido.
(*Vase Marcela.*)

ESCENA XXIII.

RICARDO, FABIO.

RICAR. Id, Fabio, á mi posada; que mañana
Os daré mil escudos y un caballo
De la casta mejor napolitana.
FABIO. Sabré, si no servillo, celebrallo.
RICAR. Este es principio solo; que Diana
Os tiene por criado y por vasallo,
Y yo por solo amigo.
FABIO. Esos piés beso.
RICAR. No pago ansí; la obligacion confieso.

ESCENA XXIV.

DIANA.—DICHOS.

DIANA. ¡Vuseñoría aquí!
RICAR. Pues ¿no era justo,
Si me enviais con Fabio tal recado,
Y que después de aquel mortal disgusto,
Me elegís por marido y por criado?
Dadme esos piés; que de manera el gusto
De ver mi amor en tan dichoso estado
Me vuelve loco, que le tengo en poco,
Si me contento con volverme loco.
¿Cuándo pensé, Señora, mereceros,
Ni llegar á más bien que desearos? [ros.
DIANA. No acierto, aunque lo intento, á responde-
¡Yo he enviado á llamaros! O ¿es burlaros?
RICAR. Fabio, ¿qué es esto?
FABIO. ¿Pude yo traeros
Sin ocasion agora, ni llamaros,
Menos que de Teodoro prevenido?
DIANA. Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.
Oyóme anteponer á Federico
Vuestra persona, como primo hermano
Y caballero generoso y rico,
Y presumió que os daba ya la mano.
A vuestra señoría le suplico
Perdone aquestos necios.
RICAR. Fuera en vano
Dar á Fabio perdon, si no estuviera
Adonde vuestra imágen le valiera.
Bésoos los piés por el favor, y espero
Que ha de vencer mi amor esta porfía.
(*Vase.*)

DIANA. ¿Paréceos bien aquesto, majadero?
FABIO. ¿Por qué me culpa á mí vuseñoría?
DIANA. Llamad luego á Teodoro. (*Ap.* ¡Qué ligero
Este cansado pretensor venia,
Cuando me matan celos de Teodoro!)
FABIO. (*Ap.*)
Perdí el caballo y mil escudos de oro.
(*Vase.*)

ESCENA XXV.

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? Ya, ¿no tenia
Olvidado á Teodoro? ¿Qué me quieres?
Pero responderás que tú no eres,
Sino tu sombra, que detrás venia.
¡Oh celos! ¿qué no hará vuestra porfía?
Malos letrados sois con las mujeres,
Pues jamás os pidieron pareceres,
Que pudiese el honor guardarse un dia.
Yo quiero á un hombre bien; mas se me [acuerda
Que yo soy mar y que es humilde barco,
Y que es contra razon que el mar se pierda.
En gran peligro, amor, el alma embarco;
Mas si tanto el honor tira la cuerda,
Por Dios, que temo que se rompa el arco.

ESCENA XXVI.

TEODORO, FABIO.—DIANA.

FABIO. (*Ap. á Teodoro.*)
Pensó matarme el Marqués;
Pero, la verdad diciendo,
Más sentí los mil escudos.
TEOD. Yo quiero darte un consejo.
FABIO. ¿Cómo?
TEOD. El conde Federico
Estaba perdiendo el seso
Porque el Marqués se casaba.
Parte, y di que el casamiento
Se ha deshecho, y te dará
Esos mil escudos luego.
FABIO. Voy como un rayo.
TEOD. Camina. (*Vase Fabio.*)

ESCENA XXVII.

DIANA, TEODORO.

TEOD. ¿Llamábasme?
DIANA. Bien ha hecho
Ese necio en irse agora.
TEOD. Un hora he estado leyendo
Tu papel, y bien mirado,
Señora, tu pensamiento,
Hallo que mi cobardía
Procede de tu respeto;
Pero que ya soy culpado
En tenerle, como necio,
A tus muchas diligencias;
Y así, á decir me resuelvo
Que te quiero, y que es disculpa
Que con respeto te quiero.
Temblando estoy, no te espantes.
DIANA. Teodoro, yo te lo creo.
¿Por qué no me has de querer,
Si soy tu señora y tengo
Tu voluntad obligada,
Pues te estimo y favorezco
Más que á los otros criados?
TEOD. Ese lenguaje no entiendo.
DIANA. No hay más que entender, Teodoro,
Ni pasar el pensamiento
Un átomo desta raya.
Enfrena cualquier deseo;
Que de una mujer, Teodoro,
Tan principal, y más siendo
Tus méritos tan humildes,
Basta un favor muy pequeño
Para que toda la vida
Vivas honrado y contento.
TEOD. Cierto que vuseñoría
(Perdóneme si me atrevo)
Tiene en el jüicio á veces,
Que no en el entendimiento,
Mil lúcidos intervalos.
¿Para qué puede ser bueno
Haberme dado esperanzas
Que en tal estado me han puesto,
Pues del peso de mis dichas
Caí, como sabe, enfermo
Casi un mes en una cama?
Luego ¿qué trata más desto
Si cuando ve que me enfrio
Se abrasa de vivo fuego,
Y cuando ve que me abraso
Se hiela de puro hielo?
Dejárame con Marcela.
Mas viénele bien el cuento
Del perro del hortelano.
No quiere, abrasada en celos,
Que me case con Marcela;
Y en viendo que no la quiero,
Vuelve á quitarme el juicio,
Y á despertarme si duermo.
Pues coma ó deje comer;
Porque yo no me sustento
De esperanzas tan cansadas;
Que si no, desde aquí vuelvo
A querer donde me quieren.
DIANA. Eso no, Teodoro: advierto
Que Marcela no ha de ser.
En otro cualquier sugeto
Pon los ojos; que en Marcela
No hay remedio.
TEOD. ¿No hay remedio?
Pues ¿quiere vusiñoría
Que, si me quiere y la quiero,
Ande á probar voluntades?
¿Tengo yo de tener puesto,
Adonde no tenga gusto
Mi gusto por el ajeno?
Yo adoro á Marcela, y ella
Me adora, y es muy honesto
Este amor.

DIANA. ¡Pícaro, infame!
Haré yo que os maten luego.
TEOD. ¿Qué hace vuseñoría?
DIANA. Daros por sucio y grosero,
Estos bofetones.

ESCENA XXVIII.

FEDERICO, FABIO.—DICHOS.

FABIO. (*Ap. á Federico.*) Tente.
FEDER. Bien dices, Fabio; no entremos.
Pero mejor es llegar.—
Señora mia, ¿qué es esto?
DIANA. No es nada: enojos que pasan
Entre criados y dueños.
FEDER. ¿Quiere vuestra señoría
Alguna cosa?
DIANA. No quiero
Más de hablaros en las mias.
FEDER. Quisiera venir á tiempo
Que os hallara con más gusto.
DIANA. Gusto, Federico, tengo;
Que aquestas son niñerías.
Entrad y sabreis mi intento
En lo que toca al Marqués. (*Vase.*)

ESCENA XXIX.

FEDERICO, FABIO, TEODORO.

FEDER. Fabio... (*Ap. á él.*)
FABIO. Señor...
FEDER. Yo sospecho
Que en estos disgustos hay
Algunos gustos secretos.
FABIO. No sé, por Dios. Admirado
De ver, señor Conde, quedo
Tratar tan mal á Teodoro;
Cosa que jamás ha hecho
La Condesa mi señora.
FEDER. Bañóle de sangre el lienzo.
(*Vanse Federico y Fabio.*)

ESCENA XXX.

TEODORO.

Si aquesto no es amor, ¿qué nombre [quieres,
Amor, que tengan desatinos tales?
Si así quieren mujeres principales,
Furias las llamo yo; que no mujeres.
Si la grandeza excusa los placeres
Que iguales pueden ser en desiguales,
¿Por qué, enemiga, de crueldad te vales,
Y por matar á quien adoras, mueres?
¡Oh mano poderosa de matarme!
¡Quién te besara entonces, mano hermosa,
Agradecido al dulce castigarme!
No te esperaba yo tan rigurosa;
Pero si me castigas por tocarme,
Tú sola hallaste gusto en ser celosa.

ESCENA XXXI.

TRISTAN.—TEODORO.

TRIST. Siempre tengo de venir
Acabados los sucesos.
Parezco espada cobarde.
TEOD. ¡Ay, Tristan!
TRIST. Señor, ¿qué esto?
¡Sangre en el lienzo!
TEOD. Con sangre
Quiere amor que de los celos
Entre la letra.
TRIST. Por Dios,
Que han sido celos muy recios. (*a*)
TEOD. No te espantes; que está loca
De un amoroso deseo.
Y como el ejecutarle
Tiene su amor por desprecio,
Quiere deshacer mi rostro,
Porque es mi rostro el espejo
Adonde mira su honor,
Y véngase en verlo feo.
TRIST. Señor, que Juan ó Lucía
Cierren conmigo por celos,
Y me rompan con las uñas
El cuello que ellas me dieron;
Que me repelen y arañen
Sobre averiguar por cierto
Que les hice un peso falso,
Vaya: es gente de pandero,
De media de cordellate
Y de zapato frailesco:
Pero que tan gran señora
Se pierda tanto el respeto
A sí misma, es vil accion.
TEOD. No sé, Tristan: pierdo el seso
De ver que me está adorando,
Y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo
Ni de Marcela; y si dejo
De mirarla, luego busca
Para hablarme algun enredo.
No dudes: naturalmente
Es del hortelano el perro,
Ni come ni comer deja,
Ni está fuera ni está dentro.
TRIST. Contáronme que un doctor,
Catedrático y maestro,
Tenia un ama y un mozo
Que siempre andaban riñendo.
Reñian á la comida,
A la cena, y hasta el sueño
Le quitaban con sus voces;
Que estudiar, no habia remedio.
Estando en licion un dia,
Fuéle forzoso corriendo
Volver á casa, y entrando
De improviso en su aposento,
Vió el ama y mozo acostados
Con amorosos requiebros,
Y dijo: «¡Gracias á Dios,
Que una vez en paz os veo!»

(*a*) *Necios* en otras ediciones.

Y esto imagino de entrambos,
Aunque siempre andais riñendo.

ESCENA XXXII.

DIANA.—DICHOS.

DIANA. Teodoro...
TEOD. Señora...
TRIST. (*Ap.*) ¿Es duende
Esta mujer?
DIANA. Solo vengo
A saber cómo te hallas.
TEOD. Ya ¿no lo ves?
DIANA. ¿Estás bueno?
TEOD. Bueno estoy.
DIANA. ¿Y no dirás:
«A tu servicio?»
TEOD. No puedo
Estar mucho en tu servicio,
Siendo tal el tratamiento.
DIANA. ¡Qué poco sabes!
TEOD. Tan poco,
Que te siento y no te entiendo,
Pues no entiendo tus palabras,
Y tus bofetones siento.
Si no te quiero te enfadas,
Y enójaste si te quiero;
Escríbesme si me olvido,
Y si me acuerdo te ofendo;
Pretendes que yo te entienda,
Y si te entiendo soy necio.
Mátame ó dame la vida;
Da un medio á tantos extremos.
DIANA. ¿Hícete sangre?
TEOD. Pues ¿no?
DIANA. ¿Adónde tienes el lienzo?
TEOD. Aquí.
DIANA. Muestra.
TEOD. ¿Para qué?
DIANA. Para que esta sangre quiero.
Habla á Octavio, á quien agora
Mandé que te diese luego
Dos mil escudos, Teodoro.
TEOD. ¿Para qué?
DIANA. Para hacer lienzos. (*Vase.*)

ESCENA XXXIII.

TEODORO, TRISTAN.

TEOD. ¡Hay disparates iguales!
TRIST. ¿Qué encantamentos son estos?
TEOD. Dos mil escudos me ha dado.
TRIST. Bien puedes tomar al precio
Otros cuatro bofetones.
TEOD. Dice que son para lienzos
Y llevó el mio con sangre.
TRIST. Pagó la sangre, y te ha hecho
Doncella por las narices.
TEOD. No anda mal agora el perro,
Pues después que muerde, halaga.
TRIST. Todos aquestos extremos
Han de parar en el ama
Del doctor.
TEOD. ¡Quiéralo el cielo!

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, RICARDO; CELIO, *distante de ellos.*

RICAR. ¿Esto vistes?
FEDER. Esto ví.
RICAR. ¿Y que le dió bofetones?
FEDER. El servir tiene ocasiones,
Mas no lo son para mí;
Que al poner una mujer
De aquellas prendas la mano
Al rostro de un hombre, es llano
Que otra ocasion puede haber.
Y bien veis que lo acredita
El andar tan mejorado.
RICAR. Ella es mujer y él criado.
FEDER. Su perdicion solicita.
La fábula que pintó
El filósofo moral
De las dos ollas, ¡qué igual
Hoy á los dos la vistió!
Era de barro la una,
La otra de cobre ó hierro,
Que un rio á los piés de un cerro
Llevó con varia fortuna.
Desvióse la de barro
De la de cobre, temiendo
Que la quebrase: y yo entiendo
Pensamiento tan bizarro
Del hombre y de la mujer,
Hierro y barro, y no me espanto,
Pues acercándose tanto,
Por fuerza se han de romper.
RICAR. La altivez y bizarría
De Diana me admiró,
Y bien puede ser que yo
Viese y no viese aquel dia;
Mas ver caballos y pajes
En Teodoro, y tantas galas,
¿Qué son sino nuevas alas?
Pues criados, oro y trajes
No los tuviera Teodoro
Sin ocasion tan notable.
FEDER. Antes que desto se hable
En Nápoles, y el decoro
De vuestra sangre se ofenda,
Sea ó no sea verdad,
Ha de morir.
RICAR. Y es piedad
Matarle, aunque ella lo entienda.
FEDER. ¿Podrá ser?
RICAR. Bien puede ser;
Que hay en Nápoles quien vive
De eso, y en oro recibe
Lo que en sangre ha de volver.

No hay más de buscar un bravo,
Y que le despache luego.
FEDER. Por la brevedad os ruego.
RICAR. Hoy tendrá su justo pago
Semejante atrevimiento.
FEDER. (*Viendo venir á Tristan y otros tres.*)
¿Son bravos estos?
RICAR. Sin duda.
FEDER. El cielo ofendido ayuda
Vuestro justo pensamiento.

ESCENA II.

TRISTAN, *vestido de nuevo;* FURIO, ANTONELO, LIRANO.—DICHOS.

FURIO. Pagar teneis el vino en alboroque
Del famoso vestido que os han dado.
ANTON. Eso bien sabe el buen Tristan que es justo.
TRIST. Digo, señores, que de hacerlo gusto.
LIRAN. Bravo salió el vestido.
TRIST. Todo aquesto
Es cosa de chacota y zarandajas,
Respeto del lugar que tendré presto.
Si no muda los bolos la fortuna,
Secretario he de ser del secretario.
LIRAN. Mucha merced le hace la Condesa
A vuestro amo, Tristan.
TRIST. Es su privanza,
Es su mano derecha, y es la puerta
Por donde se entra á su favor. Dejemos
Favores y fortunas, y bebamos.
FURIO. En este tabernáculo sospecho
Que hay lágrima famosa y malvasía.
TRIST. Probemos vino greco; que deseo
Hablar en griego, y con beberlo basta.
RICAR. (*Ap. á Federico.*)
Aquel moreno, del color quebrado,
Me parece el más bravo, pues que todos
Le estiman, hablan y hacen cortesía.—
Celio...
CELIO. Señor.
RICAR. De aquellos gentilhombres
Llama al descolorido.
CELIO. (*A Tristan.*) ¡Ah, caballero!
Antes que se entre en esa santa ermita,
El Marqués, mi señor, hablarle quiere.
TRIST. (*A sus amigos.*)
Camaradas, allí me llama un príncipe:
No puedo rehusar el ver qué manda.
Entren, y tomen siete ú ocho azumbres,
Y aperciban dos dedos de formache,
En tanto que me informo de su gusto.
ANTON. Pues despachad aprisa.
TRIST. Iré volando.
(*Vanse Furio, Antonelo y Lirano.*)

ESCENA III.

RICARDO, FEDERICO, TRISTAN, CELIO.

TRIST. ¿Qué es lo que manda vuestra señoría?
RICAR. El veros entre tanta valentía
Nos ha obligado al conde Federico
Y á mí, para saber si sereis hombre
Para matar un hombre.
TRIST. (*Ap.*) ¡Vive el cielo,
Que son los pretendientes de mi ama,
Y que hay algun enredo! Fingir quiero.
FEDER. ¿No respondeis?
TRIST. Estaba imaginando
Si vuestra señoría está burlando
De nuestro modo de vivir; pues vive
El que reparte fuerzas á los hombres,
Que no hay en toda Nápoles espada
Que no tiemble de solo el nombre mio.
¿No conoceis á Héctor? Pues no hay Héctor
Adonde está mi furibundo brazo;
Que si él lo fué de Troya, yo de Italia.
FEDER. Este es, Marqués, el hombre que buscamos.
Por vida de los dos, que no burlamos;
Sino que si teneis conforme al nombre
El ánimo y quereis matar un hombre,
Que os demos el dinero que quisiéredes.
TRIST. Con doscientos escudos me contento,
Y sea el diablo.
RICAR. Yo os daré trescientos,
Y despachadle aquesta noche.
TRIST. El nombre
Del hombre espero y parte del dinero.
RICAR. ¿Conoceis á Diana, la condesa
De Belflor?
TRIST. Y en su casa tengo amigos.
RICAR. ¿Matareis un criado de su casa?
TRIST. Mataré los criados y criadas
Y los mismos frisones de su coche.
RICAR. Pues á Teodoro habeis de darle muerte.
TRIST. Eso ha de ser, señores, de otra suerte;
Porque Teodoro, como yo he sabido,
No sale ya de noche, temeroso
Por ventura de haberos ofendido.
Que le sirva estos dias me han pedido:
Dejádmele servir, y yo os ofrezco
De darle alguna noche dos mojadas,
Con que el pobrete *in pace requïescat*,
Y yo quede seguro y sin sospecha.
¿Es algo lo que digo?
FEDER. No pudiera
Hallarse en toda Nápoles un hombre
Que tan seguramente le matara.
Servilde pues, y así al descuido un dia
Pegalde, y acudid á nuestra casa.
TRIST. Yo he menester agora cien escudos.
RICAR. Cincuenta tengo en esta bolsa; luego
Que yo os vea en su casa de Diana,
Os ofrezco los ciento, y muchos cientos.
TRIST. Eso de muchos cientos no me agrada.
Vayan vusiñorías en buen hora;
Que me aguarda Mastranzo, Rompe-muros,
Mano de hierro, Arfuz y Espanta-diablos;
Y no quiero que acaso piensen algo.
RICAR. Decís muy bien: adios.
FEDER. ¡Qué gran ventura!
RICAR. A Teodoro contalde por difunto.
FEDER. El bellacon, ¡qué bravo talle tiene!
(*Vanse Federico, Ricardo y Celio.*)
TRIST. Avisar á Teodoro me conviene.

Perdone el vino greco y los amigos.
A casa voy; que está de aquí muy lejos.
Mas este me parece que es Teodoro.

ESCENA IV.

TEODORO.—TRISTAN.

TRIST. Señor, ¿adónde vas?
TEOD. Lo mismo ignoro;
Porque de suerte estoy, Tristan amigo,
Que no sé dónde voy ni quién me lleva.
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,
Que al sol me dice que la vista atreva.
¿Ves cuánto ayer Diana habló conmigo?
Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva,
Que apenas jurarás que me conoce,
Porque Marcela de mi mal se goce.
TRIST. Vuelve hácia casa; que á los dos importa
Que no nos vean juntos.
TEOD. ¿De qué suerte?
TRIST. Por el camino te diré quién corta
Los pasos dirigidos á tu muerte.
TEOD. ¡Mi muerte! Pues ¿por qué?
TRIST. La voz reporta,
Y la ocasion de tu remedio advierte.
Ricardo y Federico me han hablado,
Y que te dé la muerte concertado.
TEOD. ¿Ellos á mí?
TRIST. Por ciertos bofetones
El amor de tu dueño conjeturan;
Y pensando que soy de los leones
Que á tales homicidios se aventuran,
Tu vida me han trocado á cien doblones,
Y con cincuenta escudos me aseguran.
Yo dije que un amigo me pedia
Que te sirviese, y que hoy te serviria,
Donde más fácilmente te matase,
A efeto de guardarte desta suerte.
TEOD. ¡Pluguiera á Dios que alguno me quitase
La vida, y me sacase desta muerte!
TRIST. ¿Tan loco estás?
TEOD. ¿No quieres que me abrase
Por tan dulce ocasion? Tristan, advierte
Que si Diana algun camino hallara
De disculpa, conmigo se casara.
Teme su honor, y cuando más se abrasa,
Se hiela y me desprecia.
TRIST. Si te diese
Remedio, ¿qué dirás?
TEOD. Que á tí se pasa
De Ulíses el espíritu.
TRIST. Si fuese
Tan ingenioso, que á tu misma casa
Un generoso padre te trajese,
Con que fueses igual á la Condesa,
¿No saldrias, Señor, con esta empresa?
TEOD. Eso es sin duda.
TRIST. El conde Ludovico,
Caballero ya viejo, habrá veinte años
Que enviaba á Malta un hijo de tu nombre,
Que era sobrino de su gran maestre.
Cautiváronle moros de Biserta,
Y nunca supo dél, muerto ni vivo.
Este ha de ser tu padre, y tú su hijo,
Y yo lo he de trazar.
TEOD. Tristan, advierte
Que puedes levantar alguna cosa
Que nos cuesta á los dos la honra y vida.
(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA V.

TEODORO, TRISTAN.

TRIST. A casa hemos llegado. A Dios te queda;
Que tú serás marido de Diana
Antes que dén las doce de mañana.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio
A tanto mal, pues el amor bien sabe
Que no tiene enemigo que le acabe
Con más facilidad que tierra en medio.
Tierra quiero poner, pues que remedio,
Con ausentarme, amor, rigor tan grave,
Pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
Que entró en la tierra, de tu ardor remedio.
Todos los que llegaron á este punto,
Poniendo tierra en medio te olvidaron;
Que en tierra al fin le resolvieron junto.
Y la razon que de olvidar hallaron,
Es, que amor se confiesa por difunto,
Pues que con tierra en medio le enterraron.

ESCENA VII.

DIANA.—TEODORO.

DIANA. ¿Estás ya más mejorado
De tus tristezas, Teodoro?
TEOD. Si en mis tristezas adoro,
Sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar
De la enfermedad que tengo;
Pues solo á estar triste vengo,
Cuando imagino sanar.
¡Bien hayan males que son
Tan dulces para sufrir,
Que se ve un hombre morir,
Y estima su perdicion!
Solo me pesa que ya
Esté mi mal en estado,
Que he de alejar mi cuidado
De donde su dueño está.
DIANA. ¡Ausentarte! Pues ¿por qué?
TEOD. Quiérenme matar.
DIANA. Sí harán.
TEOD. Envidia á mi mal tendrán,
Que bien al principio fué.
Con esta ocasion, te pido

Licencia para irme á España.
DIANA. Será generosa hazaña
De un hombre tan entendido;
Que con eso quitarás
La ocasion de tus enojos,
Y aunque dés agua á mis ojos,
Honra á mi casa darás.
Que desde aquel bofeton,
Federico me ha tratado
Como celoso, y me ha dado
Para dejarte ocasion.
Vete á España; que yo haré
Que te dén seis mil escudos.
TEOD. Haré tus contrarios mudos
Con mi asencia. Dame el pié.
DIANA. Anda, Teodoro. No más.
Déjame; que soy mujer.
TEOD. (*Ap.*) Llora; mas ¿qué puedo hacer?
DIANA. En fin, Teodoro, ¿te vas?
TEOD. Sí, Señora.
DIANA. Espera... Vete...
Oye.
TEOD. ¿Qué mandas?
DIANA. No, nada;
Vete.
TEOD. Voyme.
DIANA. (*Ap.*) Estoy turbada.
¿Hay un tormento que inquiete
Como una pasion de amor?)
¿No eres ido?
TEOD. Ya, Señora,
Me voy. (*Vase.*)
DIANA. ¡Buena quedo agora!
¡Maldígate Dios, honor!
Temeraria invencion fuiste,
Tan opuesta al propio gusto.
¿Quién te inventó? Mas fué justo,
Pues que tu freno resiste
Tantas cosas tan mal hechas.
(*Vuelve Teodoro.*)
TEOD. Vuelvo á saber si hoy podré
Partirme.
DIANA. Ni yo lo se,
Ni tú, Teodoro, sospechas
Que me pesa de mirarte,
Pues que te vuelves aquí.
TEOD. Señora, vuelvo por mí,
Que no estoy en otra parte;
Y como me he de llevar,
Vengo para que me dés
A mí mismo.
DIANA. Si después
Te has de volver á buscar,
No me pidas que te dé.
Pero vete; que el amor
Lucha con mi noble honor,
Y vienes tú á ser traspié.
Vete, Teodoro, de aquí;
No te pidas, aunque puedas;
Que yo sé que si te quedas,
Allá me llevas á mí.
TEOD. Quede vuestra señoría
Con Dios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DIANA.

¡Maldita ella sea,
Pues me quita que posea
A quien el alma queria!
¡Buena quedo ya sin quien
Era luz de aquestos ojos!
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llore bien.
Ojos, pues os habeis puesto
En cosa tan desigual,
Pagad el mirar tan mal;
Que no soy la culpa desto.
Mas no lloren; que tambien
Tiempla el mal llorar los ojos;
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llore bien.
Aunque tendrán ya pensada
La disculpa para todo;
Que el sol los pone en el lodo,
Y no se le pega nada.
Luego bien es que no dén
En llorar. Cesad, mis ojos.
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal llore bien.

ESCENA IX.

MARCELA.—DIANA.

MARC. Si puede la confianza
De los años de servirte
Humildemente pedirte
Lo que justamente alcanza,
A la mano te ha venido
La ocasion de mi remedio,
Y poniendo tierra en medio,
No verme si te he ofendido.
DIANA. ¿De tu remedio, Marcela?
¿Cuál ocasion? Que aquí estoy.
MARC. Dicen que se parte hoy,
Por peligros que recela,
Teodoro á España, y con él
Puedes, casada, enviarme,
Pues no verme es remediarme.
DIANA. ¿Sabes tú que querrá él?
MARC. Pues ¿pidiérate yo á tí,
Sin tener satisfaccion,
Remedio en esta ocasion?
DIANA. ¿Hasle hablado?
MARC. Y él á mí,
Pidiéndome lo que digo.
DIANA. (*Ap.*) ¡Qué á propósito me viene
Esta desdicha!
MARC. Ya tiene
Tratado aquesto conmigo,
Y el modo con que podemos
Ir con más comodidad.
DIANA. (*Ap.*) ¡Ay necio honor! perdonad;
Que amor quiere hacer extremos.
Pero no será razon,
Pues que podeis remediar

Facilmente este pesar.
MARC. ¿No tomas resolucion?
DIANA. No podré vivir sin tí,
Marcela, y haces agravio
A mi amor, y aun al de Fabio,
Que sé yo que adora en tí.
Yo te casaré con él;
Deja partir á Teodoro.
MARC. A Fabio aborrezco; adoro
A Teodoro.
DIANA. (*Ap.*) ¡Qué cruel
Ocasion de declararme!
Mas tenéos, loco amor.)
Fabio te estará mejor.
MARC. Señora...
DIANA. No hay replicarme. (*Vase.*)

ESCENA X.

MARCELA.

¿Qué intentan imposibles mis sentidos,
Contra tanto poder determinados?
Que celos poderosos declarados
Harán un desatino resistidos.
Volved, volved atrás, pasos perdidos,
Que correis á mi fin precipitados:
Arboles son amores desdichados,
A quien el hielo marchitó floridos.
Alegraron el alma las colores
Que el tirano poder cubrió de luto;
Que hiela ajeno amor muchos amores.
Y cuando de esperar daba tributo,
¿Qué importa la hermosura de las flores,
Si se perdieron esperando el fruto? (*Vase.*)

Sala en casa del conde Ludovico.

ESCENA XI.

EL CONDE LUDOVICO, CAMILO.

CAMI. Para tener sucesion,
No te queda otro remedio.
LUDOV. Hay muchos años en medio,
Que mis enemigos son,
Y aunque tiene esa disculpa
El casarse en la vejez,
Quiere el temor ser jüez,
Y ha de averiguar la culpa.
Y podria suceder
Que sucesion no alcanzase,
Y casado me quedase;
Y en un viejo una mujer
Es en un olmo una hiedra,
Que aunque con tan varios lazos
La cubre de sus abrazos,
El se seca y ella medra.
Y tratarme casamientos
Es traerme á la memoria,
Camilo, mi antigua historia
Y renovar mis tormentos.
Esperando cada dia
Con engaños á Teodoro,
Veinte años há que le lloro.

ESCENA XII.

UN PAJE; *y después*, TRISTAN Y FURIO.—DICHOS.

PAJE. Aquí á vuestra señoría
Busca un griego mercader.
LUDOV. Di que entre.
(*Avisa el paje, y salen Tristan y Furio con traje griego.*)
TRIST. Dadme esas manos,
Y los cielos soberanos,
Con su divino poder,
Os dén el mayor consuelo
Que esperais.
LUDOV. Bien seais venido.
Mas ¿qué causa os ha traido
Por este remoto suelo?
TRIST. De Constantinopla vine
A Chipre, y della á Venecia
Con una nave cargada
De ricas telas de Persia.
Acordéme de una historia
Que algunos pasos me cuesta;
Y con deseo de ver
A Nápoles, ciudad bella,
Mientras allá mis criados
Van despachando las telas,
Vine, como veis, aquí,
Donde mis ojos confiesan
Su grandeza y su hermosura.
LUDOV. Tiene hermosura y grandeza
Nápoles.
TRIST. Así es verdad.
Mi padre, Señor, en Grecia
Fué mercader, y en su trato,
El de más ganancia era
Comprar y vender esclavos;
Y ansí, en la feria de Aztéclias
Compró un niño, el más hermoso
Que vió la naturaleza,
Por testigo del poder
Que le dió el cielo en la tierra.
Vendíanle algunos turcos,
Entre otra gente bien puesta
De una galera de Malta,
Que las de un bajá turquesca
Prendieron en Chafalonia.
LUDOV. Camilo, el alma me altera.
TRIST. Aficionado al rapaz,
Compróle y llevóle á Armenia,
Donde se crió conmigo
Y una hermana.
LUDOV. Amigo, espera,
Espera; que me traspasas
Las entrañas.
TRIST. (*Ap.*) ¡Qué bien entra!
LUDOV. ¿Dijo cómo se llamaba?
TRIST. Teodoro.
LUDOV. ¡Ay cielo! ¡qué fuerza
Tiene la verdad de oirte!

Lágrimas mis canas riegan.
TRIST. Serpalitonia, mi hermana,
Y este mozo (¡nunca fuera
Tan bello!) con la ocasion
De la crianza, que engendra
El amor que todos saben,
Se amaron desde la tierna
Edad; y á dieciseis años,
De mi padre en cierta ausencia,
Ejecutaron su amor,
Y creció de suerte en ella,
Que se le echaba de ver;
Con cuyo temor se ausenta
Teodoro, y para parir
A Serpalitonia deja.
Catiborratos, mi padre,
No sintió tanto la ofensa
Como el dejarle Teodoro.
Murió en efeto de pena,
Y bautizamos su hijo;
Que aquella parte de Armenia
Tiene vuestra misma ley,
Aunque es diferente iglesia.
Llamamos al bello niño
Terimaconio, que queda
Un bello rapaz agora
En la ciudad de Tepécas.
Andando en Nápoles yo
Mirando cosas diversas,
Saqué un papel en que traje
Deste Teodoro las señas,
Y preguntando por él,
Me dijo una esclava griega
Que en mi posada servia:
«¡Cosa que ese mozo sea
El del conde Ludovico?»
Dióme el alma una luz nueva,
Y doy en que os he de hablar;
Y por entrar en la vuestra,
Entro, segun me dijeron,
En casa de la condesa
De Belflor, y al primer hombre
Que pregunto...
LUDOV. Ya me tiembla
El alma.
TRIST. Veo á Teodoro.
LUDOV. ¡A Teodoro!
TRIST. Él bien quisiera
Huirse; pero no pudo.
Dudé un poco, y era fuerza,
Porque el estar ya barbado
Tiene alguna diferencia.
Fuí trás él, asíle en fin,
Hablóme, aunque con vergüenza,
Y dijo que no dijese
A nadie en casa quién era,
Porque el haber sido esclavo
No diese alguna sospecha.
Díjele: «Si yo he sabido
Que eres hijo en esta tierra
De un título, ¿por qué tienes
La esclavitud por bajeza?
Hizo gran burla de mí;
Y yo, por ver si concuerda
Tu historia con la que digo,
Vine á verte, y á que tengas,
Si es verdad que este es tu hijo,
Con tu nieto alguna cuenta;
O permitas que mi hermana
Con él á Nápoles venga,
No para tratar casarse,
Aunque le sobra nobleza;
Mas porque Terimaconio
Tan ilustre abuelo vea.
LUDOV. Dame mil veces tus brazos;
Que el alma con sus potencias,
Que es verdadera tu historia,
En su regocijo muestran.
¡Ay, hijo del alma mia,
Tras tantos años de ausencia
Hallado para mi bien!
Camilo, ¿qué me aconsejas?
¿Iré á verle y conocerle?
CAMI. ¿Eso dudas? Parte, vuela,
Y añade vida en sus brazos
A los años de tus penas.
LUDOV. Amigo, si quieres ir
Conmigo, será más cierta
Mi dicha: si descansar,
Aquí aguardando te queda;
Y dénte por tanto bien
Toda mi casa y hacienda;
Que no puedo detenerme.
TRIST. Yo dejé, puesto que cerca,
Ciertos diamantes que traigo,
Y volveré cuando vuelvas.
Vamos de aquí, Mercapónios.
FURIO. Vamos, Señor.
TRIST. Bien se entrecas
El engañifo.
FURIO. Muy bónis.
TRIST. Andemis. (*Vanse Tristan y Furio.*)
CAMI. ¡Extraña lengua!
LUDOV. Vénte, Camilo, tras mí. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XIII.

TRISTAN, *en el portal de una casa, cuya puerta está cerrada;* **FURIO**, *delante de la puerta.*

TRIST. (*Abriendo un poco la puerta.*)
¿Trasponen?
FURIO. El viejo vuela,
Sin aguardar coche ó gente.
TRIST. ¿Cosa que esto verdad sea,
Y que este fuese Teodoro?
FURIO. ¿Mas si en mentira como esta
Hubiese alguna verdad?
TRIST. Estas almalafas lleva;
Que me importa desnudarme,
Porque ninguno me vea
De los que aquí me conocen.
FURIO. Desnuda presto.
TRIST. ¡Que pueda
Esto el amor de los hijos!

FURIO. ¿Adónde te aguardo?
TRIST. Espera,
Furio, en la choza del olmo.
FURIO. Adios. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

TRISTAN.

¡Qué tesoro llega
Al ingenio! (*Sale á la calle.*) Aquí debajo
Traigo la capa revuelta,
Que como medio sotana
Me la puse, porque hubiera
Más lugar en el peligro
De dejar en una puerta,
Con el armenio turbante,
Las hopalandas greguescas.

ESCENA XV.

RICARDO, FEDERICO.—TRISTAN.

FEDER. Digo que es este el matador valiente
Que á Teodoro ha de dar muerte segura.
RICAR. ¡Ah hidalgo! ¿así se cumple entre la gente
Que honor profesa y que opinion procura,
Lo que se prometió tan fácilmente?
TRIST. Señor...
FEDER. ¿Somos nosotros por ventura
De los iguales vuestros?
TRIST. Sin oirme,
No es justo que mi culpa se confirme.
Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,
Que ha de morir por esta mano airada;
Pero puede ofender vuestro decoro
Públicamente ensangrentar mi espada.
Es la prudencia un celestial tesoro,
Y fué de los antiguos celebrada
Por única virtud: estén muy ciertos
Que le pueden contar entre los muertos.
Estáse melancólico de dia,
Y de noche cerrado en su aposento;
Que alguna cuidadosa fantasía
Le debe de ocupar el pensamiento.
Déjenme á mí; que una mojada fria
Pondrá silencio á su vital aliento;
Y no se precipiten desa suerte;
Que yo sé cuándo le he de dar la muerte.
FEDER. Paréceme, Marqués, que el hombre [acierta.
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.
No dudeis, mataråle.
RICAR. Cosa es cierta.
Por muerto le contad.
FEDER. Hablemos paso.
TRIST. En tanto que esta muerte se concierta,
Vusiñorías ¿no tendrán acaso
Cincuenta escudos? que comprar querria
Un rocin, que volase el mismo dia.
RICAR. Aquí los tengo yo. Tomad, seguro
De que, en saliendo con aquesta empresa,
Lo menos es pagaros.
TRIST. Yo aventuro
La vida, que servir buenos profesa.
Con esto, adios; que no me vean, procuro
Hablar desde el balcon de la Condesa
Con vuestras señorías.
FEDER. Sois discreto.
TRIST. Ya lo verán al tiempo del efeto. (*Vase.*)
FEDER. Bravo es el hombre.
RICAR. Astuto y ingenioso.
FEDER. ¡Qué bien le ha de matar!
RICAR. Notablemente.

ESCENA XVI.

CELIO.—FEDERICO, RICARDO.

CELIO. ¿Hay caso más extraño y fabuloso?
FEDER. ¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detente.
CELIO. Un suceso notable y riguroso
Para los dos. ¿No veis aquella gente
Que entra en casa del conde Ludovico?
RICAR. ¿Es muerto?
CELIO. Que me escuches te suplico.
A darle van el parabien contentos
De haber hallado un hijo que ha perdido.
RICAR. Pues ¿qué puede ofender nuestros inten- [tos,
Que le haya esa ventura sucedido?
CELIO. ¿No importa á los secretos pensamientos
Que con Diana habeis los dos tenido,
Que sea aquel Teodoro, su criado,
Hijo del Conde?
FEDER. El alma me has turbado.
RICAR. ¿Hijo del Conde? Pues ¿de qué manera
Se ha venido á saber?
CELIO. Es larga historia,
Y cuéntanla tan varia, que no hubiera,
Para contarla, tiempo ni memoria. (*a*)
FEDER. ¡A quién mayor desdicha sucediera!
RICAR. Trocóse en pena mi esperada gloria.
FEDER. Yo quiero ver lo que es.
RICAR. Yo, Conde, os sigo.
CELIO. Presto vereis que la verdad os digo.
(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA XVII.

TEODORO, *de camino*; MARCELA.

MARC. En fin, Teodoro, ¿te vas?
TEOD. Tú eres causa desta ausencia;
Que en desigual competencia
No resulta bien jamás.
MARC. Disculpas tan falsas das
Como tu engaño lo ha sido;
Porque haberme aborrecido
Y haber amado á Diana
Lleva tu esperanza vana
Solo á procurar su olvido.

(*a*) . . . . . «Que no hubiera
»Para *tomarla ni* tiempo ni memoria.»
Así dicen otras ediciones, pero es error patente; pues ni tiene sentido, ni Lope pudo escribir la segunda línea, que no es verso.

TEOD. ¿Yo á Diana?
MARC. Niegas tarde,
Teodoro, el loco deseo
Con que perdido te veo
De atrevido y de cobarde:
Cobarde en que ella se guarde
El respeto que se debe;
Y atrevido, pues se atreve
Tu bajeza á su valor;
Que entre el honor y el amor
Hay muchos montes de nieve.
Vengada quedo de tí,
Aunque quedo enamorada,
Porque olvidaré vengada;
Que el amor olvida ansí.
Si te acordares de mí,
Imagina que te olvido
Porque me quieras; que ha sido
Siempre error que suele hacer
Que vuelva un hombre á querer,
Pensar que es aborrecido.
TEOD. ¡Qué de quimeras tan locas,
Para casarte con Fabio!
MARC. Tú me casas; que al agravio
De tu desden me provocas.

ESCENA XVIII.

FABIO.—DICHOS.

FABIO. Siendo las horas tan pocas
Que aquí Teodoro ha de estar,
Bien haces, Marcela, en dar
Ese descanso á tus ojos.
TEOD. No te dén celos enojos
Que han de pasar tanto mar.
FABIO. En fin, ¿te vas?
TEOD. ¿No lo ves?
FABIO. Mi señora viene á verte.

ESCENA XIX.

DIANA, DOROTEA, ANARDA.—DICHOS.

DIANA. ¿Ya, Teodoro, desta suerte?
TEOD. Alas quisiera en los piés,
Cuanto más, Señora, espuelas.
DIANA. ¡Hola! ¿Está esa ropa á punto?
ANAR. Todo está aprestado y junto.
FABIO. (*Ap. á Marcela.*)
En fin, ¿se va?
MARC. ¡Y tú me celas!
DIANA. (*A Teodoro.*) Oye aquí aparte.
TEOD. Aquí estoy
A tu servicio.
DIANA. Teodoro,
Tú te partes, yo te adoro.
TEOD. Por tus crueldades me voy.
DIANA. Soy quien sabes: ¿qué he de hacer?
TEOD. ¿Lloras?
DIANA. No; que me ha caido
Algo en los ojos.
TEOD. ¿Si ha sido
Amor?
DIANA. Sí debe de ser;
Pero mucho antes cayó,
Y agora salir querria.
TEOD. Yo me voy, señora mia;
Yo me voy, el alma no.
Sin ella tengo de ir;
No hago al serviros falta,
Porque hermosura tan alta
Con almas se ha de servir.
¿Qué me mandais? porque yo
Soy vuestro.
DIANA. ¡Qué triste dia!
TEOD. Yo me voy, señora mia;
Yo me voy, el alma no.
DIANA. ¿Lloras?
TEOD. No; que me ha caido
Algo, como á tí, en los ojos.
DIANA. Deben de ser mis enojos.
TEOD. Eso debe de haber sido.
DIANA. Mil niñerías te he dado,
Que en un baul hallarás;
Perdona, no pude más.
Si le abrieres, ten cuidado
De decir, como á despojos
De vitoria tan tirana:
«Aquestos puso Diana
Con lágrimas de sus ojos.»
ANAR. (*Ap á Dorotea.*) Perdidos los dos están.
DOROT. ¡Qué mal se encubre el amor!
ANAR. Quedarse fuera mejor.
Manos y prendas se dan.
DOROT. Diana ha venido á ser
El perro del hortelano.
ANAR. Tarde le toma la mano.
DOROT. O coma ó deje comer.

ESCENA XX.

LUDOVICO, CAMILO.—DICHOS.

LUDOV. Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, á un hombre de mis años
Para entrar desta suerte á visitaros.
DIANA. Señor Conde, ¿qué es esto?
LUDOV. Pues ¿vos sola
No sabeis lo que sabe toda Nápoles?
Que en un instante que llegó la nueva,
Apenas me han dejado por las calles,
Ni he podido llegar á ver mi hijo.
DIANA. ¿Qué hijo? que no te entiendo el regocijo.
LUDOV. ¿Nunca vuseñoría de mi historia
Ha tenido noticia, y que há veinte años
Que enviaba un niño á Malta con su tio,
Y que le cautivaron las galeras
De Alí-Bajá?
DIANA. Sospecho que me han dicho
Ese suceso vuestro.
LUDOV. Pues el cielo
Me ha dado á conocer el hijo mio
Después de mil fortunas que ha pasado.
DIANA. Con justa causa, Conde, me habeis dado
Tan buena nueva.
LUDOV. Vos, señora mia,
Me habeis de dar, en cambio de la nueva,

El hijo mio, que sirviéndoos vive,
Bien descuidado de que soy su padre.
¡Ay, si viviera su difunta madre!
DIANA. ¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?
LUDOV. No Señora, no es Fabio; que es Teodoro.
DIANA. ¡Teodoro!
LUDOV. Sí, Señora.
TEOD. ¿Cómo es esto?
DIANA. Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.
LUDOV. Luego ¿es aqueste?
TEOD. Señor Conde, advierta
Vuseñoría...
LUDOV. No hay qué advertir, hijo,
Hijo de mis entrañas, sino solo
El morir en tus brazos.
DIANA. ¡Caso extraño!
ANAR. ¡Ay, Señora! ¿Teodoro es caballero
Tan principal y de tan alto estado?
TEOD. Señor, yo estoy sin alma, de turbado.
¿Hijo soy vuestro?
LUDOV. Cuando no tuviera
Tanta seguridad, el verte fuera
De todas la mayor. ¡Qué parecido
A cuando mozo fuí!
TEOD. Los piés te pido,
Y te suplico...
LUDOV. No me digas nada;
Que estoy fuera de mí. ¡Qué gallardía!
Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!
¡Qué bien que te escribió naturaleza
En la cara, Teodoro, la nobleza!
Vamos de aquí; vén luego, luego toma
Posesion de mi casa y de mi hacienda;
Vén á ver esas puertas coronadas
De las armas más nobles deste reino.
TEOD. Señor, yo estaba de partida á España,
Y así me importa.
LUDOV. ¿Cómo á España? ¡Bueno!
España son mis brazos.
DIANA. Yo os suplico,
Señor Conde, dejeis aquí á Teodoro
Hasta que se reporte, y en buen hábito
Vaya á reconoceros como hijo;
Que no quiero que salga de mi casa
Con aqueste alboroto de la gente.
LUDO. Hablais como quien sois tan cuerdamente.
Dejarle siento por un breve instante;
Mas porque más rumor no se levante,
Me iré, rogando á vuestra señoría
Que sin mi bien no me anochezca el dia.
DIANA. Palabra os doy.
LUDOV. Adios, Teodoro mio.
TEOD. Mil veces beso vuestros piés.
LUDOV. Camilo,
Venga la muerte agora.
CAMI. ¡Qué gallardo
Mancebo que es Teodoro!
LUDOV. Pensar poco
Quiero este bien, por no volverme loco.
(*Vanse Ludovico y Camilo.*)

ESCENA XXI.

DIANA, TEODORO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, FABIO.

DOROT. Danos á todas las manos.
ANAR. Bien puedes, por gran señor.
DOROT. Hacernos debes favor.
MARC. Los señores que son llanos
Conquistan las voluntades.
Los brazos nos puede dar.
DIANA. Apartaos, dadme lugar;
No le digais necedades.
Déme vuestra señoría
Las manos, señor Teodoro.
TEOD. Agora esos piés adoro,
Y sois más señora mia.
DIANA. Salíos todos allá;
Dejadme con él un poco.
MARC. ¿Qué dices, Fabio? (*Ap. á él.*)
FABIO. Estoy loco.
DOROT. (*Ap. á Anarda.*) ¿Qué te parece?
ANAR. Que ya
Mi ama no querrá ser
El perro del hortelano.
DOROT. ¿Comerá ya?
ANAR. Pues ¿no es llano?
DOROT. Pues reviente de comer.
(*Vanse Marcela, Fabio, Dorotea y Anarda.*)

ESCENA XXII.

DIANA, TEODORO.

DIANA. ¿No te vas á España?
TEOD. ¿Yo?
DIANA. ¿No dice vuseñoría:
«Yo me voy, señora mia,
Yo me voy, el alma no?»
TEOD. ¿Burlas de ver los favores
De la fortuna?
DIANA. Haz extremos.
TEOD. Con igualdad nos tratemos,
Como suelen los señores,
Pues todos lo somos ya.
DIANA. Otro me pareces.
TEOD. Creo
Que estás con menos deseo:
Pena el ser tu igual te da.
Quisiérasme tu criado,
Porque es costumbre de amor
Querer que sea inferior
Lo amado.
DIANA. Estás engañado;
Porque agora serás mio,
Y esta noche he de casarme
Contigo.
TEOD. No hay más que darme:
Fortuna, tente.
DIANA. Confio
Que no ha de haber en el mundo
Tan venturosa mujer.
Véte á vestir.
TEOD. Iré á ver

El mayorazgo que hoy fundo,
Y este padre que me hallé
Sin saber cómo ó por dónde.
DIANA. Pues adios, mi señor Conde.
TEOD. Adios, Condesa.
DIANA. Oye.
TEOD. ¿Qué?
DIANA. ¡Qué! Pues ¿cómo? ¿A su señora
Así responde un criado?
TEOD. Está ya el juego trocado,
Y soy yo el señor agora.
DIANA. Sepa que no me ha de dar
Más celitos con Marcela,
Aunque este golpe le duela.
TEOD. No nos solemos bajar
Los señores á querer
Las criadas.
DIANA. Tenga cuenta
Con lo que dice.
TEOD. Es afrenta.
DIANA. Pues ¿quién soy yo?
TEOD. Mi mujer. (*Vase.*)
DIANA. No hay más que desear: tente, fortuna,
Como dijo Teodoro; tente, tente.

ESCENA XXIII.

FEDERICO, RICARDO.—DIANA.

RICAR. En tantos regocijos y alborotos,
¿No se da parte á los amigos?
DIANA. Tanta
Cuanta vuseñorías me pidieren.
FEDER. De ser tan gran señor vuestro criado
Os las pedimos.
DIANA. Yo pensé, señores,
Que las pedís (con que licencia os pido)
De ser Teodoro conde y mi marido. (*Vase.*)
RICAR. ¿Qué os parece de aquesto?
FEDER. Estoy sin seso.
RICAR. ¡Oh, si le hubiera muerto ese picaño!
FEDER. Veisle, aquí viene.

ESCENA XXIV.

TRISTAN.—FEDERICO, RICARDO.

TRIST. (*Ap.*) Todo está en su punto.
¡Brava cosa! ¡que pueda un lacaífero
Ingenio alborotar á toda Nápoles!
RICAR. Tente, Tristan, ó como te apellidas.
TRIST. Mi nombre natural es Quita-vidas.
FEDER. ¡Bien se ha echado de ver!
TRIST. Hecho estuviera,
A no ser conde de hoy acá este muerto.
RICAR. Pues ¿eso importa?
TRIST. Al tiempo que el concierto
Hice por los trecientos solamente,
Era para matar, como fué llano,
Un Teodoro criado, mas no conde.
Teodoro conde es cosa diferente,
Y es menester que el galardon se aumente;
Que más costa tendrá matar un conde
Que cuatro ó seis criados, que están [muertos,
Unos de hambre y otros de esperanzas,
Y no pocos de envidia.
FEDER. ¿Cuánto quieres?
Y mátale esta noche.
TRIST. Mil escudos.
RICAR. Yo los prometo.
TRIST. Alguna señal quiero.
RICAR. Esta cadena.
TRIST. Cuenten el dinero.
FEDER. Yo voy á prevenillo.
TRIST. Yo á matalle.
¿Oyen?
RICAR. ¿Qué? ¿quieres más?
TRIST. Todo hombre calle.
(*Vanse Ricardo y Federico.*)

ESCENA XXV.

TEODORO.—TRISTAN.

TEOD. Desde aquí te he visto hablar
Con aquellos matadores.
TRIST. Los dos necios son mayores
Que tiene tan gran lugar.
Esta cadena me han dado,
Mil escudos prometido
Porque hoy te mate.
TEOD. ¿Qué ha sido
Esto que tienes trazado?
Que estoy temblando, Tristan.
TRIST. Si me vieras hablar griego,
Me dieras, Teodoro, luego
Más que estos locos me dan.
¡Por vida mia, que es cosa
Fácil el gregecizar!
Ello en fin no es más de hablar;
Mas era cosa donosa
Los nombres que les decia:
Aztéclias, Catiborratos,
Serpalitonia, Xipatos,
Atécas, Filimoclía...
Que esto debe de ser griego,
Como ninguno lo entiende,
Y en fin, por griego se vende.
TEOD. A mil pensamientos llego
Que me causan gran tristeza;
Pues si se sabe este engaño,
No hay que esperar menos daño
Que cortarme la cabeza.
TRIST. ¿Agora sales con eso?
TEOD. Demonio debes de ser.
TRIST. Deja la suerte correr,
Y espera el fin del suceso.
TEOD. La Condesa viene aquí.
TRIST. Yo me escondo; no me vea. (*Ocúltase.*)

ESCENA XXVI.

DIANA.—TEODORO; TRISTAN, *oculto.*

DIANA. ¿No eres ido á ver tu padre,
Teodoro?
TEOD. Una grave pena
Me detiene; y finalmente,

Vuelvo á pedirte licencia
Para proseguir mi intento
De ir á España.

DIANA. Si Marcela
Te ha vuelto á tocar al arma,
Muy justa disculpa es esa.

TEOD. ¿Yo Marcela?

DIANA. Pues ¿qué tienes?

TEOD. No es cosa para ponerla
Desde mi boca en tu oido.

DIANA. Habla, Teodoro, aunque sea
Mil veces contra mi honor.

TEOD. Tristan, á quien hoy pudiera
Hacer el engaño estatuas,
La industria versos, y Creta
Rendir laberintos, viendo
Mi amor, mi eterna tristeza,
Sabiendo que Ludovico
Perdió un hijo, esta quimera
Ha levantado conmigo,
Que soy hijo de la tierra;
Y no he conocido padre
Más que mi ingenio, mis letras
Y mi pluma. El Conde cree
Que lo soy; y aunque pudiera
Ser tu marido, y tener
Tanta dicha y tal grandeza,
Mi nobleza natural
Que te engañe no me deja,
Porque soy naturalmente
Hombre que verdad profesa.
Con esto, para ir á España
Vuelvo á pedirte licencia;
Que no quiero yo engañar
Tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA. Discreto y necio has andado:
Discreto en que tu nobleza
Me has mostrado en declararte;
Necio en pensar que lo sea
En dejarme de casar,
Pues he hallado á tu bajeza
El color que yo queria;
Que el gusto no está en grandezas,
Sino en ajustarse al alma
Aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo;
Y porque Tristan no pueda
Decir aqueste secreto,
Hoy haré que cuando duerma,
En ese pozo de casa
Le sepulten.

TRIST. (*Saliendo.*) Guarda afuera.

DIANA. ¿Quién habla aquí?

TRIST. ¿Quién? Tristan,
Que justamente se queja
De la ingratitud mayor
Que de mujeres se cuenta.
Pues ¡siendo yo vuestro gozo,
Aunque nunca yo lo fuera,
En el pozo me arrojais!

DIANA. ¡Qué! ¿lo has oido?

TRIST. No creas
Que me pescarás el cuerpo.

DIANA. Vuelve.

TRIST. ¿Que vuelva?

DIANA. Que vuelvas.
Por el donaire te doy
Palabra de que no tengas
Mayor amiga en el mundo;
Pero has de tener secreta
Esta invencion, pues es tuya.

TRIST. Si me importa que lo sea,
¿No quieres que calle?

TEOD. Escucha.
¿Qué gente y qué grita es esta?

ESCENA XXVII.

LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO, CAMILO, FABIO, MARCELA, ANARDA, DOROTEA.—DICHOS.

RICAR. (*Dentro.*) Queremos acompañar
A vuestro hijo.
(*Salen Ludovico, Federico, Ricardo, las damas y los criados.*)

FEDER. (*A Ludovico.*) La bella
Nápoles está esperando
Que salga, junta á la puerta.

LUDOV. (*A Teodoro.*) Con licencia de Diana,
Una carroza te espera,
Teodoro, y junta, á caballo,
De Nápoles la nobleza.
Vén, hijo, á tu propia casa
Tras tantos años de ausencia;
Verás adonde naciste.

DIANA. Antes que salga y la vea,
Quiero, Conde, que sepais
Que soy su mujer.

LUDOV. Detenga
La fortuna, en tanto bien,
Con clavo de oro la rueda.
Dos hijos saco de aquí,
Si vine por uno.

FEDER. Llega,
Ricardo, y da el parabien.

RICAR. Darle, señores, pudiera
De la vida de Teodoro;
Que celos de la Condesa
Me hicieron que á este cobarde
(*Por Tristan.*)
Diera, sin esta cadena,
Por matarle mil escudos.
Haced que luego le prendan,
Que es encubierto ladron.

TEOD. Eso no; que no profesa
Ser ladron quien á su amo
Defiende.

RICAR. ¿No? Pues ¿quién era
Este valiente fingido?

TEOD. Mi criado; y porque tenga
Premio el defender mi vida,
Sin otras secretas deudas,
Con licencia de Diana,
Le caso con Dorotea,
Pues que ya su señoría
Casó con Fabio á Marcela.

RICAR. Yo doto á Marcela.

FEDER. Y yo
A Dorotea.
LUDOV. Bien queda
Para mí, con hijo y casa,
El dote de la Condesa.
TEOD. Con esto, Senado noble,
Que á nadie digais se os ruega
El secreto de Teodoro,
Dando, con licencia vuestra,
Del *Perro del hortelano*
Fin la famosa comedia.


3 0112 127850748